

LA REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavolara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José Maria Castellanos.

Conferencia.

SI ES Ó NO LÍCITA LA RESISTENCIA, CUANDO NO HAY PROBABILIDADES DE VENCER.

Señores:

Unos de los principios del Derecho de Gentes, mas universalmente reconocidos, son, el de la independencia é identidad de las Naciones, principios que reconociendo la unidad de fines, de las diferentes asociaciones en que está dividida la gran familia humana, reconocen los principios eternos de justicia que dán á cada uno de esos conjuntos, derechos iguales.

Esas asociaciones políticas á que llamamos Naciones, reconocidas como personalidad en el Derecho de Gentes y cuya existencia está sancionada por el derecho Natural, único código universal que impone deberes sagrados á la humanidad; tienen como el hombre el derecho de ser, y como este tienen tambien el deber ó mejor dicho, la obligacion de conservar su existencia; pero no podemos ni siquiera suponer esta obligacion, si no les reconocemos el derecho perfecto de su propia defensa, contra los que las atacan, desconociendo sus leyes y hollando sus derechos.

La condenacion del uso de ese medio en toda su estension, importaria la imposicion de una obligacion, y la denegacion de los medios indispensables para cumplirla. La legislacion Civil de todas las Naciones respetando los eternos principios del derecho natural que es la fuente de todos los derechos, autoriza al hombre á defenderse de su agresor, sin que esta autorizacion conozca otro límite que el que le impongan las facultades del que se defiende; así tambien el derecho de Gentes, acatando la misma ley que le sirve de base, reconoce en las Naciones el derecho de defenderse, sin establecer restricciones, que las haga de peor condicion que el hombre.

Los pueblos que han tenido la felicidad de constituirse libremente, ejerciendo su incuestionable derecho, se rijen por la forma de gobierno, que respetando las legítimas aspiraciones de los asociados, tienen por dogma la igualdad. Son los guardianes celosos, los fieles sostenedores de los principios de justicia, que forman la base de su existencia política.

Esos ardientes defensores de los derechos de la humanidad son casi siempre las victimas inmoladas, por la insaciable ambicion de los que tratan á las Naciones como á su patrimonio, transmitiéndose por herencia la direccion de los destinos de los pueblos, y cuya autoridad tiene por

causa la mas grave infraccion de los derechos del hombre.

Los que invisten el carácter de representantes de una Nacion, sin que esa representacion sea la emanacion de la voluntad del pueblo; disponen de la fuerza aplicándola á un fin contrario; esto solo debe emplearse en sosten de la libertad y de los derechos, cuando no hay otro medio de defender ó reconquistar esa libertad que es la vida de los pueblos, y de reivindicar sus derechos.

Pero los que no saben respetar mas ley que su voluntad; los que lanzan á un pueblo á la lucha sin consultarlo, derramando la sangre de sus hijos en la perpetracion de un crimen, haciendo consistir sus pretendidos derechos en el número de sus bayonetas, y discutiéndolos, por la boca de sus cañones, emplean la fuerza en coartar la libertad de las Naciones menos poderosas robándoles su independencia.

No podemos condenar la resistencia que oponga un pueblo encaminado á impedir semejantes atentados que tienden á arrebatarle la herencia que sus padres le legaron, y el porvenir de sus hijos conquistado á costa de sacrificios heroicos, como los que un pueblo puede y debe hacer para no doblegarse bajo el peso de las cadenas, con que quiere ser sustituida su libertad.

Esos seres aborrecidos á q' llamamos tiranos y conquistadores, lanzados al camino de los pueblos por la mano fatal del destino, y que impiden su marcha regular, son los constantes infractores de los derechos mas sagrados é inviolables de las Naciones.

Admiten en teoria los principios internacionales establecidos por el derecho y reconocidos por las naciones, para garantizarse mutuamente, pero la elocuente escuela de los hechos nos muestra cual ilusoria es esa aceptacion, pues vemos que con frecuencia sacrifican esos mismos principios, abdicando de toda idea justa, teniendo solo en vista sus conveniencias individuales.

Recurramos sino á la historia y á los hechos recientes, jueces imparciales, cuyo fallo es inapelable, y veremos que ellos ponen de manifiesto esta amarga verdad.

Ellos nos muestran á tres poderosos que hacen desaparecer por su sola voluntad, una personalidad independiente, apoderándose de la inmortal Polonia.

Nos hacen ver á Napoleon III, que con infundadas razones y mentidas protestas, quiere robar á Méjico su libertad, pretendiendo imponerle que abandone sus destinos y su porvenir á la voluntad de un hombre.

Nos muestra en fin á la vieja España, tantas veces vencida por los mismos á quienes hoy quiere humillar, lanzarse con notoria injusticia contra una República á quien considera débil.

En tales circunstancias nacidas de la desigualdad de los poderes relativamente á la fuerza; ante semejantes atentados que la simple razon rechaza y que el derecho de Gentes condena, ¿seria justo, seria razonable imponer un límite á la resistencia de un pueblo, obligándolo así á abandonar su existencia á la voluntad de sus verdugos?

¿Habrá alguno entre nosotros, que apostatando de toda idea de justicia, de la conveniencia de estos paises, y del respeto que inspira la sublime abnegacion de los mártires de la libertad de su patria: habrá alguno, repito, que tenga un voto de desaprobacion en vez de un voto de admiracion hácia los nobles y heroicos esfuerzos de la República de Méjico, que sostiene una lucha desesperada contra un déspota extranjero, que quiere sobreponer su voluntad á la del pueblo?

¿Habrá alguien en fin, que haya condenado la gigantesca lucha de la Polonia, víctima de la criminal ambicion de tres usurpadores coronados, que han aumentado con ella la herencia de sus sucesores, sin mas derecho que el de la fuerza?

Tales hechos diametralmente opuestos á las prescripciones del derecho internacional y á los principios establecidos por el derecho natural, son un poderoso argumento en pró de la legitimidad de las resistencias estremas.

Tan santa y justa ha sido la resistencia de la Polonia, como lo es la de Méjico, y como lo será la de Chile, si como no lo creo ni lo deseo, la fatalidad de los sucesos, ó los caprichos de la fortuna, la colocasen en la dura necesidad de defender palmo á palmo, la tierra que sus padres regaron con su sangre para conquistar su independencia y libertad; y como lo será en fin la de cualquier Nacion que sostenga sus derechos perfectos.

Casi todas las Naciones han conquistado su independencia, su soberania, su libertad en luchas desesperadas, y muchas de ellas se han defendido y defienden quizá sin probabilidades de vencer, sin que podamos condenar sus nobles y legítimos esfuerzos, porque esta condenacion importaria renegar de los principios de justicia, y hasta equivaldria á tachar de ilegítimos algunos episodios sublimes que contribuyeron poderosamente á decidir la gran lucha que

dió por resultado la libertad del nuevo mundo.

Los escombros de una ó mas plazas ó ciudades, son las mas veces, los cimientos mas sólidos sobre que pueden descansar los inviolables derechos de los pueblos.

Examinando las cuestiones bajo el punto de vista de la justicia y del derecho, ella cuenta en su apoyo con poderosas razones, que no son sino consecuencias lógicas, de los incuestionables derechos de las Naciones, tal es como, su independencia, su soberanía, su libertad; y mirándola en el terreno de los hechos, estos nos demuestran con palpables ejemplos su conveniencia.

Si rechazamos pues, en principio, como ilegítima, la resistencia de un pueblo, encaminado á romper las cadenas con que se le quiere esclavizar, ó á parar el golpe fatal con que se le pretende hacerle desaparecer del catálogo de las naciones libres, tendremos q' condenarla tambien en la práctica, desconociendo ó desmintiendo la historia, cuyas páginas están llenas de hechos que demuestran los importantes resultados de las resistencias estremaas, que son por otra parte un tremendo castigo, á las graves infracciones del derecho.

Las Naciones tienen, como he dicho antes, como el hombre el derecho de ser; privarles de su libertad, es concluir con su existencia; imponer un limite al medio legítimo de que pueden hacer uso para impedir el crimen de que quieren hacerla víctima, es obligarla á abandonar su independencia á la voluntad de los conquistadores; lo que es de todo punto insostenible.

¿Hay alguna ley civil, por injusta que esta sea, existe alguna ley natural, que obligue á un hombre á que espere impaciente, y no oponga resistencia, por desesperada que esta sea, contra los asesinos que vienen á arrebatárle la vida?

Y si esto decimos del hombre fundador en que nadie puede disponer de su existencia, ¿no podremos decir lo mismo de las Naciones fundadas en la inviolabilidad de su independencia?

Se dirá tal vez que el hombre se halla en distintas condiciones, porque este una vez perdida su vida no la puede recuperar, mientras que las Naciones perdida su independencia la pueden reconquistar despues.

Difícil es en verdad que un pueblo sufra una humillacion semejante, que venza su abnegacion, resignándose al sacrificio, con la vaga esperanza de reconquistar mas tarde el goce de su libertad y de sus derechos. Y es mas difícil aun, probar, que una mera esperanza, con menos probabilidades quizás, que la de poder sostener su independencia, sea una razon suficiente para imponer limitaciones al heroismo de un pueblo, y que pueden serle funestas.

Por otra parte, semejante obligacion importaria sancionar como principio el absurdo, de que el poder de esa entidad que dejase de existir en la forma de antes, crece ó aumenta en razon inversa del poder del enemigo; suposicion poco razonable y despojada de todo fundamento.

El que se apodera de una plaza ó de una Nacion asumiendo por su sola voluntad sostenida por sus abyectos servidores, la direccion omnimoda de sus destinos, nada mas natural sino que se apodere tambien de todos los elementos de que ella disponia

para su defensa; esto viene á hacer aun mas ilusoria esa esperanza, argumento de que quieren valerse algunos para limitar á los pueblos su incuestionable derecho, condenando como ilicitas las resistencias estremaas.

Los que asi opinan, condenan los rasgos sublimes de valor á los que el gran libro de la humanidad, juez imparcial y recto, ha prestado su sancion, inmortalizando el nombre de los héroes. Esos hechos contribuyen poderosamente á probar la insuficiencia de la desigualdad numérica ante el indomable valor que inspira la defensa de una causa justa, y contra el que se han despedazado mil veces las huestes de los tiranos y conquistadores, sirviendo asi de impenetrable valla á sus criminales fines.

No faltan sin embargo quienes digan, que esas defensas estremaas, son un medio bárbaro que la civilizacion rechaza. Pero es preciso no olvidar que la civilizacion marcha de acuerdo con los principios de equidad y de justicia; la guerra paraliza, es verdad, la marcha de los pueblos por la via del progreso, pero no obstante la aceptamos como un medio extremo é indispensable de conseguir aquello á que las Naciones tienen derecho, y para cuya consecucion no les queda otro camino, si pues aceptamos la guerra como un medio indispensable, fuerza es que aceptemos y legitemos tambien los efectos inmediatos del uso de ese medio violento.

El único caso en que el derecho de Gentes legitima el uso de la fuerza, es cuando esta se emplea como un medio de defensa; la resistencia de un pueblo en sosten de su libertad y de los principios internacionales, que rijen á las Naciones cultas, y que quieren ser violados en él, no es sino el uso de la fuerza legitimada por el derecho y la justicia, el fin es justo, el medio es legítimo; dejemos entonces á los pueblos hacer uso del derecho perfecto que les asiste, sin imponerles limitaciones que pueden labrar su ruina.

Negar ó limitar este derecho, importa lo mismo, en tratándose de una nacion menos poderosa, que la que ha ocasionado con su infraccion el empleo de la fuerza; y digo que importa lo mismo, porque ella se veria obligada ó por mejor decir, condenada á sucumbir sin que le fuese lícito oponer resistencia, pero como no creo que haya principio alguno en virtud del cual se le pueda negar el derecho de defensa, tampoco admito que la haya para limitar ese mismo derecho.

Hay algunos que aceptan la legitimidad de las resistencias estremaas, en general, pero que encuentran una escepcion, y es cuando todo está perdido, y solo queda una fortaleza ó una plaza, sin apoyo y sin esperar proteccion alguna, en este caso hasta admiten que se pueda intimar la rendicion amenazando á su jefe con la pena de muerte y que si este se obstinaba mereceria que se le aplicase la pena con que se le habia amenazado.

Pero los que tal opinan, lo hacen en el supuesto, como lo dice el mismo Wattel, de que esa resistencia no tenga por objeto rechazar una opresion intolerable, ó en el caso de que sea problemática la justicia de la guerra.

En mi opinion, esta no es una escepcion,

porque respecto al primer caso solo la Nacion que se defiende puede ser juez, porque ni al enemigo que la ataca le es dado fallar en una cuestion en que es parte ni hay autoridad en el mundo con la facultad de disponer del porvenir de un pueblo, porque en virtud del principio de identidad todos tienen derechos iguales, sin que reconozcan otro superior que Dios.

Respecto al segundo caso, tampoco es una escepcion, porque desde el momento que admitamos que se defiende, no podemos menos que reconocer que la justicia está de su parte, desde que no reconocemos este carácter á la guerra, sino cuando esta se emplea como un medio de defensa.

De consiguiente, tampoco admito que en el caso de esta supuesta escepcion, se pueda amenazar, al gefe con la pena de muerte, ni mucho menos aplicarsela, porque esto importaria admitir al enemigo como juez y condenar como criminal, al que comprendiendo su deber, ha tenido la abnegacion de cumplirlo, sacrificándose en sosten de una idea.

Nada importa que no les quede mas plaza que la que ocupan y aunque no cuentan con mas elementos que los que tengan tras los débiles muros bajo cuyas ruinas están dispuestos á sucumbir en sosten de su independencia, aun en ese caso extremo, estará en su perfecto derecho, segun el autor que he citado, de defender en ese último baluarte la libertad de su patria, prefiriendo morir libre antes que verla esclavizada.

Si consultamos la opinion de reconocidos autores, veremos que ellos sostienen la legitimidad de las resistencias estremaas, condenando las graves infracciones del derecho que insultan á la humanidad, desconociendo sus leyes.

Wattel, tratando de la cuestion, se expresa así:

«¿Cómo en un siglo ilustrado han podido imaginar que es lícito castigar de muerte á un comandante, que ha defendido su plaza hasta el último extremo, ó al que en una mala fortaleza se haya atrevido á oponerse contra un ejército real? En el último siglo reinaba todavia esta idea, de la cual formaban una pretendida ley de la guerra y aun no se ha desechado enteramente en el dia. ¿Qué idea la de castigar á un hombre animoso, porque ha cumplido con su deber!... En vano se replicará que una defensa obstinada y especialmente en una mala plaza, contra un ejército numeroso solo sirve para que se derrame sangre. Esta defensa puede salvar al Estado deteniendo al enemigo algunos dias mas, y el valor por otra parte suple la falta de fortificaciones. Tambien nos enseña la historia del famoso sitio de Malta, hasta qué punto pueden sostener la defensa los hombres alentados cuando están resueltos á ella. ¿Cuántas plazas se han rendido, que hubieran podido sostenerse, contener al enemigo durante mucho tiempo, obligarle á consumir sus fuerzas, y el resto de la campaña, y aun librarse de él por una defensa mejor sostenida y mas rigurosa?»

No es menos importante la opinion del autor que nos sirve de testo; he aqui lo que dice al respecto:

«En el siglo XVII, se creia contrario á las leyes de la guerra, defender una plaza hasta la última estremidad, sin esperan-

za de salvarla, atreverse en un punto débil á hacer cara á un ejército real, y por consiguiente daban la muerte al jefe y aun se pasaba la tropa á cuchillo como culpable de una inútil efusión de sangre. Pero este es un punto de que el enemigo no puede ser juez imparcial. Esta porfiada resistencia ha salvado muchas veces plazas, cuya conservación parecia totalmente desesperada; por otra parte deteniendo las armas enemigas dá tiempo á la Nación invadida, para juntar y poner en movimiento sus fuerzas. No se debe pues mirar como enteramente inútil la resistencia; y es mucho mas conforme á la razon la práctica que hoy rije, no solo de perdonar la vida sino de conceder todos los honores al jefe y tropa en tales casos. Una conducta contraria se reprobaba como cruel y atroz.»

Como se vé, la opinion de Bello vá aun mas adelante, de acuerdo con la práctica de las Naciones cultas, que no solo no castigan como ilicitas las resistencias estremas, sin probabilidades de vencer, sino que por el contrario sancionan como legitimas esas resistencias, premiando con los honores de la guerra, lejos de castigar á los que respetando la voz de sus sentimientos han permanecido fieles en el puesto del honor para salvar ilesa la dignidad de su patria.

En cuanto á la opinion de Wattel, no puede ser mas razonable, ella está de acuerdo con la equidad y la justicia; en el terreno de los principios, se funda en razones incontestables que prueban la legitimidad de las resistencias estremas; y la historia nos hace ver los importantes resultados de ellas.

La aceptacion de este principio muchas veces traducido en hechos, es de una indisputable justicia y de reconocida conveniencia para las Naciones mas débiles, que si bien no cuentan con el número ni la superioridad de elementos que constituyen las probabilidades de conseguir el triunfo, tienen al menos en su favor, la justicia de su causa, la legitimidad de su defensa, y el valor de sus hijos, dispuestos á hacer el último sacrificio que se les puede exigir, el de consagrarle su vida.

No pretendo sostener que es lícita la resistencia desesperada de una Nación, en virtud de órdenes de su gobierno, porque estoy muy distante de admitir, que la autoridad que solo representa á la Nación y que ejerce sobre ella su jurisdiccion en cuanto á la direccion, tenga la facultad de disponer de la vida de los que se hallan bajo esa jurisdiccion, lo que por otra parte, importaria querer obligar á un superior á respetar órdenes de un subalterno, como lo es el gobierno respecto al pueblo.

Pero si, sostendré, que la defensa ó resistencia de un pueblo, por desesperada que esta sea, es lícita, siempre que esta se haga en cumplimiento de un deber impreso en el corazon del pueblo por la fuerza de sus convicciones; esa resistencia nacida del convencimiento y del deseo innato de los pueblos de ser libres, es legitima como conforme á los principios del derecho Natural y de Gentes.

Si las cuestiones, que con harta frecuencia se suscitan entre las Naciones intimamente ligadas por vinculos sagrados, tuviesen su solucion por medio de la discusion

que es el único que dirime las cuestiones dando la razon al que en justicia y derecho la tiene, se ahorrarían las innumerables victimas con que cuenta la ambicion de los poderosos.

Pero ya que desgraciadamente sucede lo contrario, no podemos menos que legitimar los medios estremos con que los pueblos cuentan para su defensa.

Creo pues, por las breves razones que he espuesto, de acuerdo con las opiniones contestes de los autores que he citado; y sobre todo con los principios de justicia con que las Naciones deben sellar sus actos, que aun en el caso propuesto, para mi conferencia, es lícita la resistencia.

Manuel Derqui.

Cartas de Roma

POR H. TAINE.

(Estractado y traducido de la «Revue de Deux Mondes.»)

CARTA TERCERA.

26 de Marzo.

Esta tarde, gran conversacion política; en eso paramos siempre al fin de la comida, despues del café. Al volver á mi casa, la trascibo.

El interlocutor principal es un hermoso jóven muy sério, cuyo italiano es tan claro y tan armonioso que parece una música. Es de los mas animados contra el poder temporal. Yo le salgo al encuentro con las objeciones clericales:—Vos juzgais al Papa, perdeis la docilidad de espiritu y de corazon, os inclináis al protestantismo.

—De ningun modo; somos y permanecemos católicos, aceptamos y queremos una autoridad superior encargada de decidir sobre la fé. Ni aun le quitamos el poder temporal: no se puede privar á uno sino de lo que tiene, y de hecho, ya el papa no tiene ese poder. Desde hace treinta años, si él reina, ha sido merced á las bayonetas austriacas ó francesas; no sufrirá jamas presion extranjera mas fuerte q' la q' sufre hoy. No queremos desposeerle, sino regularizar un desposeimiento ya consumado. Está por el suelo; sentémosle.

Vuelvo á insistir: «El principio del catolicismo no es solamente que la fé es una, sino tambien que la iglesia es una. Pues bien, si el Papa llega á ser ciudadano de un Estado particular, italiano, francés, austriaco, español, muy probablemente, al cabo de un siglo ó dos, caerá bajo la dominacion del gobierno cuyo súbdito ó huésped sea, como sucedió antiguamente al papa de Avignon, alojado en los Estados del rey de Francia. Entonces, por celos y por necesidad de independencia, los otros Estados formarán anti-papas, ó cuando ménos, patriarcas distintos, como el de San Petersburgo y el de Constantinopla. Se pronunciarán cismas y dejará de haber iglesia católica. Ni siquiera tendréis iglesia independiente. Bajo la mano de un príncipe, un patriarca, el mismo papa llegaría á ser un funcionario; eso se vé en San Petersburgo, se ha visto en Francia bajo Felipe el Hermoso y Felipe VI; cuando Napoleon queria establecer al papa en Paris, era para hacer de él un ministro de cultos, muy considerado pero muy obediente. Notad que los

gobiernos en Europa, sobre todo en Francia, tienen metida la mano en todos los negocios; ¿qué sería si se metieran en todas las conciencias? toda libertad pereceria, la Europa se convertiría en una Rusia, en un imperio romano, en una China. El mismo dogma correría peligro. Sacar al papa de su Estado, como á una planta de su conservatorio, es entregarle, y entregar junto con él, el dogma, á la accion de las ideas modernas. El catolicismo desde que es inmutable, es inmóvil; su jefe necesita un pais muerto, súbditos que no piensan, una ciudad de conventos, de museos, de ruinas, una pacífica y poética Necrópolis. Imaginaos, aqui una Academia de Ciencias, cursos públicos, los debates de una cámara, grandes y florecientes industrias, la viva y universal predicacion de una moral y de una filosofía láicas: ¿creéis que el contagio no se extendería hasta la teología? No lo dudéis; poco á poco se suavizarían é interpretarían los dogmas; caducarian los mas extraños y se dejaría de hablar de ellos. Mirad á la Francia, tan bien gobernada, tan obediente en tiempo de Bossuet; por el solo contacto de una sociedad pensadora, el catolicismo se moderaba allí, se apartaba de las tradiciones italianas, recusaba el Concilio de Trento, disminuía ó atenuaba el culto de las imágenes, se hacia el aliado de la filosofía, aceptaba el ascendiente de los láicos fieles, pero ilustrados y racionadores. ¿Qué sería ahora del catolicismo en medio de las audacias, de los descubrimientos y de las seducciones de la civilizacion contemporánea? Trasladar ó destronar al Papa, sería, á la vuelta de dos siglos, trasformar la ley.

Contestacion: «Tanto mejor. Al lado de los católicos supersticiosos, están los católicos verdaderos, y de éstos somos nosotros; que se reforme la iglesia; que sufra una metamorfosis, sabia y lentamente, por el contacto suavizado del espíritu moderno: eso es lo que nosotros deseamos. En cuanto á los cismas, tan grande es el peligro de que ellos ocurran bajo un Papa protegido como bajo un Papa; desposeido la potencia que mantiene guarnicion en Roma tiene sobre él el mismo ascendiente que el príncipe de quien fuera súbdito ó huésped. Si hay un espediente que afiance su independencia, es el que nosotros proponemos; le daremos la ribera derecha del Tiber, San Pedro, Civita-Vecchia; vivirá ahí como en un pequeño oasis, con una guardia de honor y contribuciones suministradas por todos los Estados católicos, bajo la proteccion y en medio del respeto de la Europa. En cuanto al peligro que resultaría de reunir los poderes espiritual y temporal en la mano del príncipe, permitidme deciros que así es cómo se practica en los paises protestantes, en Inglaterra por ejemplo, y que no por eso son menos libres aquellos paises. No es, pues, la servidumbre resultado necesario de la reunion de los poderes; ésta la consolida en ciertos Estados; pero en otros Estados no la introduce. Mientras tanto, permitidme que la rechacemos para el nuestro, en donde ella la establece. Si hay algun peligro en nuestro plan, es para nosotros, y no para el Papa: colocado en medio de la Italia é irritado, se hará revolucionario y ejercerá contra nosotros su influencia sobre el populacho; pero, desde

que aceptamos ese peligro, dejadnos correr nuestra suerte, y no nos impongaís un régimen que rechazais por nuestro país.»

—¿Pero en qué consiste esa transformación de la iglesia católica que vos entreveís en un oscuro porvenir?

Sobre este punto, se me daban contestaciones vagas. Mis interlocutores aseguraban que el alto clero italiano cuenta en sus filas un número bastante grande de liberales; que los hay entre los cardenales, sobre todo fuera de Roma; citan entre ellos á don Luigi Josti, cuyas obras conozco. Es un religioso benedictino del Monte-Cassino, muy cristiano y muy liberal, que ha leído los filósofos modernos, conoce la Exégesis nueva, es instruido en historia, aprecia las especulaciones superiores, espíritu conciliador y vasto, cuya elocuencia recargada, poética, arrastradora, le dá el carácter de un Jorge Sand católico. Aquí no está, como en Francia, todo el clero enrejimentado; entre nosotros, solo por contagio sufre la iglesia la disciplina administrativa. Ciertos eclesiásticos tienen en Italia posiciones medio independientes; éste de que hablo vive en su claustro, como un profesor de Oxford en su canonicato; puede viajar, leer, pensar, imprimir á su gusto. Su deseo es poner de acuerdo la Iglesia con la ciencia. Su principio es que siendo la ciencia, simplemente la que descompone, no es la única vía; que hay otra no menos segura, *l'atto sintettico*, el arranque del sentimiento, la creencia y el entusiasmo natural, por medio de la cual el alma, sin necesidad de raciocinio ni de análisis, descubre y comprende á Dios primero y después al Cristo. Esta fé jenerosa y apasionada, con el auxilio de la cual comprendemos la belleza, la bondad, la verdad, en sí mismas y en su fuente, es la única capaz de reunir á los hombres en una comunidad fraternal, de animarlos á las bellas acciones, á la abnegación, al sacrificio.

Pues, bien esa comunidad es la iglesia católica; por consiguiente, manteniendo intacto su evangelio, inmutable, la Iglesia debe acomodarse á las variaciones de la sociedad civil: ella puede hacerlo, puesto que encierra en su seno, una variedad inagotable de formas. Está en el acto de experimentar una de esas transformaciones, pero pasará por ella, quedando conforme á su esencia, «dueña de la moral.» Todo eso, sin embargo, no explica la metamorfosis, y el mismo padre Josti dice que ella es un secreto en las manos de Dios.

En este estado de la conversacion, el conde N., un agudo y fino espíritu italiano, á quien empiezo á cobrar mucho cariño y á conocer bastante, llamándome aparte á un rincón oscuro, me dijo: «Estos jóvenes van á entrar al campo de la poesia; veamos modo de salir de ella. Dejemos á un lado por un momento la simpatía, el patriotismo, el rencor ó las esperanzas; consideremos al catolicismo como un hecho; procuremos contar las fuerzas que le sostienen y ver en qué sentido y hasta qué punto la civilización moderna contrapesa ó debilita su acción.» Colocada en ese terreno la cuestión, es un problema de mecanismo moral.

Hé aquí las conjeturas á que, en mi concepto, puede llegar uno en esta materia.

La primera de estas fuerzas es el ascendiente de los ritos. Una tendencia propia del salvaje, del niño, del espíritu entera-

mente inculto, imaginativo ó grosero, es la necesidad de crearse un fetiquismo, quiero decir, de adorar al signo, en lugar de la cosa representada; su religión guarda armonía con su inteligencia, y no pudiendo comprender las ideas desnudas ó los sentimientos sin cuerpo, santifican objetos palpables y prácticas sensibles. Tal fué la religión en la Edad-media; en esa forma subsiste casi entera entre los pastores de la Sabina, y entre los campesinos de la Bretaña. Un dedo de Santa Inés, un hábito de San Francisco, una estatua de Santa Ana ó de la Virgen, con vestido nuevo y bordados: hé aquí lo que para ellos es Dios; una novena, un ayuno, un rosario resado con exactitud, una medalla besada con reverencia: hé aquí lo que para ellos es la piedad. En un grado superior, el santuario, la Virgen, los ángeles, el miedo y la esperanza que aquellos escitan, componen la religión. En estos dos grados, el sacerdote es considerado como un ser superior, depositario de la voluntad divina, dispensador de los celestiales favores. Todo eso, en los países protestantes, ha sido destruido por la reforma de Lutero y solo subsiste muy modificado, en los países católicos, entre la jente sencilla, sobre todo en los pueblos que tienen la imaginación viva y que no saben leer. Esta fuerza va disminuyendo, al paso que la instrucción y la cultura del espíritu se propagan. En este punto, el catolicismo, acosado por la civilización moderna, permite que le arranquen la cáscara idólatrica de la Edad-media. En Francia, por ejemplo, desde el siglo décimo-séptimo, esta parte de las creencias y de las prácticas ha caído en desuso, á lo menos, en la clase un poco ilustrada. Sin duda subsisten algunos aun; siempre quedará algo; pero eso es un viejo envoltorio que cada día se adelgaza, se agujerea y se deshace.

La segunda de las fuerzas del catolicismo es la posesión de una *metafísica* completa, formulada y fija. Bajo este aspecto, el catolicismo está en guerra abierta, sino con las ciencias experimentales, á lo menos con su espíritu, su método y su filosofía. Sin duda, puede dar vueltas á las cosas, transijir, tenerse firme sobre puntos particulares; decir que Moisés adivinó la teoría del éter luminoso, pues hizo nacer la luz primero que el sol; sostener que los periódicos geológicos están, poco más ó menos indicados en las jornadas del Génesis; escoger su puesto en los terrenos inexplorados, etc. Sin embargo, le repugna invenciblemente la doctrina que somete toda afirmación al criterio de las experiencias repetidas y de las analogías aproximadas, que sienta como principio la inmutabilidad de las leyes físicas y morales, que reduce las entidades á nada más que signos cómodos para notar los hechos jenerales. En efecto, el catolicismo concibió su metafísica en una época de exaltación y de sutileza extraordinarias, época en que, por todas partes, los espíritus, levantando andamios sobre andamios, no veían en la naturaleza, sino una taramilla oscura y perdida bajo las arcadas puestas unas sobre otras, relucientes, interminables, de los seres místicos y sobrenaturales. Averiguada esta hostilidad, es preciso observar que los descubrimientos de las ciencias, sus aplicaciones á la vida ordinaria, sus usurpaciones en los dominios inesperados, su

ascendiente sobre las opiniones humanas, su influencia sobre la educación y las costumbres del espíritu, su imperio sobre las especulaciones superiores y en los conceptos generales, en pocas palabras, su fuerza va creciendo. Por consiguiente, el adversario retrocede, y no puede como el Paganismo en el tiempo de Procluso y de Porfirio, refugiarse en las interpretaciones, abandonar la cosa conservando el nombre, decir que se rompe el símbolo y se busca el sentido, pues la crítica ha nacido desde hace un siglo, y hoy se conoce demasiado el pasado para confundirlo con el presente; cuando Hegel, ó cualquier conciliador como este, presenta la filosofía del siglo décimonono como la herencia y la intérprete de la metafísica del tercer siglo, consigue interesar á los estudiantes, pero hace reír á los historiadores. El catolicismo se verá pues, obligado á abandonar su equipaje alejandrino, como su equipaje feudal; no los tirará al mar, pues es conservador; pero los dejará en el fondo de la bodega, quiero decir, que hablará poco de ellos, que cesará de manifestarlos, y que presentará á la vista del mundo otras partes de sí mismo. Esto es lo que ha hecho ciertamente en otros tiempos y lo que hace hoy insensiblemente el protestantismo. En la época de Lutero, se quitó el moho bárbaro, y por medio de la Exégesis moderna, procura limpiarse el moho bizantino; después de haber librado al cristianismo de los ritos, lo libra de las fórmulas, y se puede asegurar que, aun en los países católicos, la mayor parte de los individuos—ortodoxos de los labios afuera, pero en el interior semi-arrianos, semi-unitarios, un poco deístas, un poco escépticos, bastante desamidados, espíritus sencillos más que teólogos,—si examinasen con esmero, hallarían que hay un notable intervalo entre su catolicismo y las prácticas de la Edad-media ó las entidades de Santa Sofía ó del Serapion.

Estas son fuerzas muertas, y que no obran sinó por la inercia natural de la materia humana. Hé aquí ahora las fuerzas vivas, es decir, las que continuamente se renuevan por nuevos impulsos. En primer lugar, el catolicismo posee una iglesia monárquica sabiamente organizada, la más poderosa máquina administrativa que haya existido, reclutada desde arriba, que subsiste por sí misma, sustraída á la intervención de los laicos, especie de jendarmería moral que trabaja al lado de los gobiernos para mantener la obediencia y el orden. Bajo este aspecto, y como además es esencialmente ascético, es decir, hostil al placer sensual, puede considerarse como un freno excelente contra el espíritu de rebelión y los deseos sensuales. Por eso es que toda sociedad amenazada por una teoría como el socialismo ó por pasiones ávidas como las de la democracia contemporánea, todo gobierno absoluto ó fuertemente centralizado, sostiene al catolicismo para apoyarse en él. Mientras más universal y rápida es la revolución de los espíritus; mientras más se exaltan los deseos y las ambiciones; mientras más desordenado y alarmante es el torbellino por medio del cual los de abajo procuran hacer á un lado á los de arriba—así también la iglesia parece tanto más saludable y protectora. Mientras más disciplinado es un pueblo como la Francia;

mientras mas inclinado u obligado es á confiar la direccion de sus intereses á manos de una autoridad exterior, como la Francia y el Austria, tanto mas adicto es al catolicismo. Sin duda, el establecimiento de los gobiernos parlamentarios ó republicanos, la emancipacion y la iniciativa del individuo, obran en sentido opuesto; pero no es seguro que la Europa marche hácia esta forma social; á lo menos, es dudoso que toda la Europa marche hácia ella. Si la Francia continúa siendo lo que es desde hace sesenta años y lo que parece ser por esencia: un cuartel administrativo en el cual no se roba y reina un buen arreglo, el catolicismo seguirá subsistiendo siempre en ese país.

La segunda fuerza viva es el *misticismo*. Con Jesus y la Iglesia, con la teoria y los sacramentos del amor, el catolicismo ofrece un alimento á las imaginaciones tiernas y meditabundas. Esta es la tendencia en sentido de la cual se desarrolla exclusivamente, desde hace dos siglos, por medio del culto de la Virgen y del Sagrado Corazon, y recientemente, con la proclamacion del último dogma, el de la Inmaculada Concepcion. Los benedictinos de Solesmes, que publicaron el *San Liguori*, hacen sobre este punto singulares confesiones (1). Dicen que la antigua teologia era dura; que la Iglesia ha sido alumbrada por claridades nuevas, que, por efecto de una revelacion especial, ponen hoy en claro la mansedumbre y la bondad divinas; que el dogma y el sentimiento del amor ocupan ahora el primer puesto; que la infinita dignidad de que se ha revestido la persona de María, ofrece, en fin, á los fieles el altar donde podrán desahogarse deliciosamente todas las debilidades de la adoracion. He aquí una poesia femenina y sentimental; agregad á ella la poesia del culto mismo; en todas las crisis del siglo, en las épocas de las grandes disoluciones de doctrinas,—estas dos poesias sirven de refugio á los espíritus desanimados, exaltados ó enfermos. Desde la caída de la civilizacion antigua, la máquina humana sufre un profundo desarreglo; el equilibrio primitivo de las razas sanas, tal como lo mantenía la vida gimnástica, ha desaparecido. El hombre se ha hecho mas sensible, y el enorme ensanche que ha tenido lugar en nuestro tiempo en la seguridad y el bienestar, no ha hecho mas que aumentar su descontento, sus exigencias y sus pretensiones. Mientras mas consigue, mas desea; no solo sus deseos sobrepujan sus fuerzas, sino que las vagas aspiraciones de su corazon le llevan mas allá de las ansias de sus sentidos, de los ensueños de su imaginacion y de las curiosidades de su es-

piritu. El mas allá es lo que él desea, y el tumulto febril de las capitales, las escitaciones de la literatura, la exajeracion de la vida sedentaria, artificial y central, no hacen mas que irritar el sufrimiento de su deseo insaciable. Desde hace ochenta años, la música y la poesia se emplean en ostentar la enfermedad del siglo, y el peso de los conocimientos, el recargo del trabajo, la inmensidad del esfuerzo que exigen la ciencia y la democracia modernas, parecen hechos mas bien para exasperar la herida que para calmarla. A estas almas tan fatigadas y tan ávidas, el quietismo embriagador puede á veces parecer un puerto de refugio; esto lo vemos en nuestras mujeres, que sufren de nuestros males sin tener nuestros remedios. En la clase inferior, entre las muy jóvenes, en medio del vacío de la vida de provincia, el catolicismo, por las seducciones de su poesia mundana y coqueta, por su esposicion de símbolos tiernos y corporales, está llamado á conquistar muchas almas, y talvez se verá un día á la familia dividida dejar á la mitad de si misma que busque en el amor ideal, el desahogo íntimo, el ensueño enervante la deliciosa angustia que el amor terrestre no le proporciona.

Tal es la trasformacion probable y se puede decir, la trasformacion presente del catolicismo. Atenuar los ritos, conservándolos, sin embargo, en todo vigor para la jente sencilla; echar á un lado la metafísica, cultivándola siempre en sus escuelas; estrechar su jerarquia administrativa y desarrollar sus doctrinas sentimentales: esto es lo que está haciendo desde el Concilio de Trento. Parece que en adelante y por escelerencia estuviese destinado á hablar á los gobiernos y á las mujeres, á hacerse represivo y místico, á formar ligas y fundar *Sagrados Corazones*, á ser un partido de políticos y un asilo de almas enfermas. Como el progreso de las ciencias positivas y el desarrollo del bienestar industrial impiden la exaltacion necesaria para que llegase á establecerse una religion nueva, no se ve término á su duracion. Jamás un pueblo ha abandonado su religion, si no es para adoptar una religion diferente. No se divisa en el horizonte sino una gran crisis para el catolicismo, y eso no será antes de uno ó dos siglos; esa crisis será el choque con el nuevo protestantismo. El de Lutero y de Calvino, ríjido y literal, repugnaba á los pueblos latinos; el de Schteiermacher y de Bunsen, suavizado por la Exéjesis, arreglado á las necesidades de la civilizacion y de la ciencia, indefinidamente ensanchado y purificado, puede muy bien llegar á ser la religion filosófica, liberal y moral del porvenir, y conquistar, aun en los países latinos, á esa clase superior de espíritus que, bajo Voltaire y Rousseau, se afiliaron bajo la bandera del deísmo. Si se empeña el combate, será digno de atencion, porque así como entre una filosofia y una religion no podia tener lugar desde que cada una de esas dos plantas posee su raiz independiente é indestruible; entre dos religiones, seria cosa diferente. Si el catolicismo resiste á ese ataque, me parece que estará en adelante al abrigo de cualquier otro. Siempre la dificultad de gobernar á las democracias le proporcionará partidarios; siempre la sorda ansiedad de los corazones tristes ó tiernos le atraerá

reclutas; siempre la antigüedad de la posesion, le conservará fieles. Estas son sus tres raíces, y la ciencia experimental no alcanza á tocarlas, pues ellas se componen, no de ciencias, sino de sentimientos y de necesidades. Ellas pueden estar mas ó menos ramificadas, ser mas ó menos hondas; pero no creo que el espíritu moderno tenga poder sobre ellas; al contrario, en muchas almas y en ciertos países, el espíritu moderno introduce emociones é instituciones que, en último resultado, las consolidan; así, un día, Macaulay ha podido decir, en un acceso de imaginacion y de elocuencia, que el catolicismo subsistirá, en la América del Sur, por ejemplo, aun cuando haya llegado el tiempo en que, viajeros salidos de Australia vengán á visitar las ruinas de París ó de Londres, y á dibujar sobre ellas los arcos destruidos del London-Bridge ó las murallas derrumbadas del Panthéon.

Del estilo.

(Continúa)

Sobran ejemplos con que probar que esta es la manera dominante de los antiguos escritores españoles. Sin embargo, debemos notar que los escritores completamente originales y padres, por decirlo así, de un idioma; aquellos que crían un género nuevo y una nueva era literaria, rara vez se conducen de otro modo, que el que manifiestan los anteriores ejemplos. La razon es, que ellos principian á hacer algo desconocido aun; en cuyo caso es imposible no sentir la necesidad de estender los detalles, antes de recojer la idea central. Este proceder se hace tan habitual en el espíritu de todo aquel que comienza, que viene á ser imposible separarse de él ni en el mas impremeditado de sus pasos. Los escritores, empero, que se ponen á escribir lo que aprendieron, que tienen por delante un modelo á quien siguen con constancia, proceden de otro modo; empiezan por deshacerse de la idea jeneral que los domina y que bulle por caer sobre el papel; satisfechos, despues que la han representado, la estienden ó la prueban ó la esplican; Saavedra, Faxardo y Quevedo son una prueba de esta verdad; doctos en las doctrinas filosóficas y políticas de la antigüedad, se les vé á cada momento formar frases cortas que encierran á manera de máxima los resultados mas jenerales á que esas doctrinas arribaron. El estilo de que usan es por esto majistral y cortado; manifiesta claramente la pretension que el autor tiene de enseñar lo que sabe; es decir, aquello precisamente que en su mente se halla envuelto en una idea jeneral. Un exámen prolijo de los escritos de Quevedo es un exelente medio de llegar á tener sobre esto una perfecta certidumbre. se nota en ellos un hecho curioso, aunque, por otro lado, perfectamente natural. Cuando este autor escribe lo que ha aprendido, procede de lo abstracto á lo real, de lo jeneral á lo particular, de la unidad á la variedad. Mas, cuando se muestra á si mismo y da suelta á su fino y esquisito sentido de crítica, procede al revés; entónces despliega una manera propia y orijinal, brinca de flor en flor antes de asentarse; se desparra, como Cervantes, al principio; se recoje un momento, como para dar descanso á

(1) Prefacio de la edicion completa, tomo I, 1834. San Liguori «es un eslabon necesario que prolonga hasta nuestros tiempos la maravillosa cadena, por medio de la cual, desde hace tres siglos, la tierra se ha aproximado al cielo... El Cristo confía á su iglesia nuevos secretos, la inicia cada día en los incommensurables misterios de su corazon... Una union desconocida en los primeros siglos de nuestra fé, ha penetrado al corazon de los amigos de Dios... El culto de la esposa se ha hecho mas tierno; nuevas amabilidades del esposo le han sido reveladas... Entre los católicos, el misterio de la Eucaristia es por si solo una religion; principalmente desde los seis últimos siglos, es cuando esta religion del cuerpo de Jesucristo ha recibido un nuevo desarrollo... Las prerrogativas de Maria, esta incomparable virgen, nos han sido reveladas bajo un aspecto nuevo... etc., etc., etc.»

la inventiva, y vuelve á desparramarse por entre nuevos y variados detalles.

Como con el tiempo nos prometemos consagrar en nuestros estudios, una parte muy principal á la literatura española, no se nos tendrá á mal que reservemos para entónces, por ser ahí mas natural que ahora, el juicio que sobre ella tenemos, y la demarcacion de las innumerables desventajas que la hacen inferior á las demas, aun cuando la consideremos solo como *tejido de estilo*.

Las dos maneras primitivas ó simples, que ántes hemos señalado, de espresar las ideas por medio del estilo, son hijas legítimas de los dos procederes ó métodos con q' la inteligencia adquiere y combina ideas. Con una ligera atencion, se verá que una nace del proceder *analítico*, y la otra del *sintético*; ó mas bien, que son estos mismos procederes representados por una combinacion de frases adecuadas. Segun hemos dicho antes, el estilo es un artificio que no solo representa las ideas, sino tambien sus modos de combinacion; es decir, el *método*, el orden en que se hallan consignadas en la mente. Asi es que los retóricos y gramáticos, sin dar una explicacion satisfactoria y filosófica del hecho, convienen no obstante todos en aceptarlo, atribuyendo al lenguaje (mas propiamente al estilo) una fuerza poderosa de análisis.

Inútil nos parece que seria tratar de mostrar cómo es que se atan á las investigaciones que preceden todos los detalles de que dan cuenta la retórica y la gramática; ademas de que seria ajeno de nuestro objeto esencial: es fácil, con una mediana reflexion, deducir todos esos detalles de lo que hasta aqui llevamos asentado. Todas las partes principales y no principales de la retórica y gramática, no son otra cosa que desenvolvimientos lógicos de los principios que en todo este artículo nos han ocupado: su encadenamiento recíproco es palpable, y lo son tambien los grados de descenso por donde se baja hasta esas partes menudas y subalternas, que se hallan tratadas con toda perfeccion en una multitud de obras especiales llenas de mérito, y que por ser demasiado conocidas y manejadas por la juventud que habla el español, necesitan poco de nuestra mencion.

No solo cada escritor, sino tambien cada escuela y cada pais, tiene una manera propia y orijinal de construir, de atar y desatar sus frases. Las distintas épocas de la historia literaria se distinguen mucho tambien por esta misma razon; y nos llegará caso de mostrarlo, comparando las obras de estilo que nos han dejado los españoles de los tres últimos siglos que precedieron al nuestro.

Puede decirse en jeneral, que los escritores de la décima sesta y décima-séptima centuria, á pesar de cierto carácter de identidad que los reúne, se dividen en dos bandos: hay unos, entre quienes descuellan Cervantes, Mariana y Hurtado de Mendoza, que acostumbran empezar echando frases inciertas y vagas, recojiéndolas en el medio, como en un punto de descanso, y pasando á estenderlas y especializarlas mas al fin. Hay otros, y con particularidad los del siglo XVII, que empiezan por vaciar la idea central en una frase sola, y que despues

de haberla aplicado, probado y detallado, terminan encerrándose de nuevo y mostrando su idea en toda su jeneralidad; pero de un modo mas neto y añudado que al principio.

Esta segunda manera presenta infinitas ventajas sobre la primera: ella ofrece menos ocasiones de caer en confusion y de perderse tanto entre las detalles previos; que al fin venga á ser imposible recojerlos á todos á un mismo centro de unidad; es ménos temible el defecto de oscuridad, porque se empieza por fijar con fuerza al lector en el centro del asunto; si despues su atencion se afloja y pierde algo, es claro que pierde accesorios, y no mas. Usando, empero, del primer proceder, se espone el escritor á tener suspenso demasiado tiempo al lector; obligándolo á mantenerse en una alarma perpétua, no puede haber duda de que se le aburrirá al fin; y que no pocas veces por cansancio dejará pasar el punto culminante del sentido, que por lo regular es repentino y pasajero. No puede creerse por esto que sea nuestro ánimo condenar absolutamente esta manera; pues que no ignoramos que empleada con maestría, da tambien origen á bellezas de primer orden. Ciertamente es, sin embargo, que los escritores que no la usan con tenacidad, son superiores á los que lo hacen, por la claridad y enerjia con que aciertan á presentar sus ideas; cualidades de que infinitas veces carece Cervantes, y con mucha mas razon, los que lo imitaron.

Nosotros pensamos que Fray Luis de Leon y Lope de Vega son, por la claridad y enerjia de su espresion, los modelos mas acabados que en estilo nos presenta la antigua literatura española. Aunque es cierto que esta clase de escritores no habla con aquel candor, franqueza y donaire que nos encanta en Cervantes, no se puede desconocer en ellos una conciencia mas vigorosa, mas agarrada á las ideas que espresa la palabra, un arte mas meditado para presentarlas, una manera de decir en fin, mas enérjica y que manifiesta un caudal copioso de concepciones jenerales: esta última circunstancia es muy recomendable en un escritor; porque cuanto mas jenerales sean sus ideas, mas fondo y enseñanza contienen. Sabemos bien el inmenso prestigio de que goza en el mundo entero el solo nombre de *D. Quijote*: se le ha pintado como el libro de la humanidad; se ha dicho que todos los pueblos del mundo conocen á dos hombres: á *D. Quijote* y á Napoleón, y que si es lo mas grande en hechos haber hecho lo que hizo Napoleón, es tambien lo mas grande que hay en escribir lo que escribió Cervantes. Todo ello es cierto; pero sea efecto de nuestras inclinaciones particulares, de nuestra educacion ó de cualquiera otra causa, confesamos con franqueza que apesar de haber leído el *Quijote* con la mayor devocion, nunca hemos sentido la admiracion que otros libros nos han causado, y creemos que pocos serán los que en el siglo XIX nos prueban grandes y desarrolladas capacidades por obra de este libro, á quien no disputamos, sin duda, ser el primero de España, como obra de ingenio; ni estar muy distante de serlo, como inspiracion del *sentido comun* mas sólido y airoso que se puede imaginar; si se nos quisiera sacar de aqui, declararíamos

sin rubor que no tenemos capacidad para concebir otra cosa en *D. Quijote*.

(Concluirá)

Historia natural y sobrenatural.

EL SÁBIO Y EL COCODRILO.

(Continúa.)

Por último el sabio, arrojó un grito de júbilo y á la vez de aprobacion, y como Arquímedes pronunció el famoso «Eureka,» al convencerse de que por fin habia descubierto un proceder hidrúutico.

¡Cuán poco basta para regocijar á la pobre humanidad! Y sino, que lo diga el doctor y nunca bien ponderado académico de Belfast, q' se estremece de contento, porque despues de una cavilacion penosa, halla el medio de beber á duras penas algunas gotas del agua cenagosa del Nilo.

Ufano de rivalizar con el mismo Robinson Crusoe, Adamson puso al momento manos á la obra; y, con el fin de lograr su objeto, arrancó muchas hojas largas, que ató por medio de los filamentos que despegó del tallo. Hecho esto, aguardó el momento en que el cocodrilo daba una vuelta en el rio para cumplir con sus deberes de anfibio, y dejó caer con tiento subomba aspirante en la superficie de las ondas, que se empapó de agua, mediante las hojas esponjosas, flotantes en las estremidades. Despues levantó con la mayor precaucion esta cuerda vegetal, y sus ardorosos lábios bebieron ansiosos el precioso liquido, con mas ansia que el afeminado monarca Persa el agua cenagosa que le presentó el soldado macedonio, si hemos de creer á Quinto Curcio; y el sabio, ébrio de dicha, repitió á menudo su experiencia, saboreando en su abrasado paladar el agua del Nilo, que le pareció mas grata y voluptuosa que el vino de Chipre ó el de Schizay, tan ponderado por Lord Byron.

Adamson reía de gozo, y su vanidad satisfecha como su sed, le inducia á preferirse á Tántalo y Robinson Crusoe, que nunca idearon un ardid semejante. Por otra parte, triunfaba el sabio al ver el chasco que habia pegado al cocodrilo, que merecia eso y mucho mas.

Tranquilizado con respecto á las dos primeras necesidades de la vida, Adamson se acordó que la noche pasada habia experimentado cierto frio, efecto de la desnudez completa en que se hallaba, no habiéndole dejado el cocodrilo tiempo para vestirse, pero ni aun alcanzarsela como era de estricta galanteria, apesar que Adamson ignoraba si entre los cocodrilos, como en Lóndres, se precisa ser presentado hasta para avisar á uno que se está quemando, que corre peligro de ser devorado por el fuego.

Durante el ardor del dia tropical, esta desnudez no dejaba de ser en cierto modo ventajosa; pero por la noche era cosa de desear una frazada ó abrigo cualquiera. Ademas, otro motivo se unia al deseo de la comodidad ó del *confortable*, y era el de la decencia, motivo no ménos eficaz en un inglés que no se atreve á pronunciar la palabra camisa ó calzoncillos, temiendo herir el pudor de los circunstantes de ambos sexos. Si llegase una barca ó vehiculo acuático cualquiera, se decia á sí mismo Adamson,

se me caerá la cara de vergüenza al presentarme en el estado en que se hallaba nuestro padre Adam antes de delinquir.

En consecuencia, el sábio arrancó de su alcoba aérea una cantidad de hojas suficientes para fabricar un *paletot* vegetal, que, sin ser completamente de la última moda, ofrecía un carácter no poco orijinal y pintoresco.

Dos hojas le bastaron para hacerse un gorro de dormir, el cual, independientemente de cierta elegancia, podía preservarlo al día siguiente de los ardores del sol, al paso que, por su lijereza, no hacía echar de menos esa invencion estúpida llamada sombrero.

El autor de tan estupendos descubrimientos, no podía menos de darse el parabien al verse que, en un árbol, había sabido hallar refugio, habitación, alimento, bebida y traje. Así, Adamson, se sonreía al pensar en su ingenio, y no podía menos de considerar con irónica compasion á su compatriota Robinson.

Mientras que así meditaba sobre su dicha, aperebió el cocodrilo al pié del árbol, y le pareció que ajitaba al mónstruo un mal pensamiento.

Y así era en efecto, pues despues de un maduro exámen, el anfibio del Nilo, viendo que no le era posible tomar su presa por asalto, habia recurrido á la mina con un enconamiento feroz. El sábio oía, helado de miedo, los crujidos de su espantosa mandíbula, y los golpes que daba en el tronco del árbol, que parecia próximo á ser derribado.

Adamson tuvo la idea feliz de encomendarse á San Simeon Estilita, anacoreta del Capitel.

La disposicion de los dientes molares incisivos de los cocodrilos es tal, que estos mónstruos no pueden roer la base de una palmera sinó lateralmente! Así lo dispuso próvida naturaleza, con el objeto de poner á los sábios al abrigo de los malhechores del Nilo.

Nuestro sábio ignoraba esta particularidad orgánica de la impotencia maxilar del escamoso reptil. Es verdad que Plinio y Soavers mencionan este carácter consolador para los académicos sitiados por los fármacos saurianos; pero el doctosísimo Adamson no tenía á mano estos autores, ni diccionario alguno de historia natural para consultar el artículo *Cocodrilo*.

El infeliz procuraba observar el estado de las operaciones enemigas, pero su situacion vertical apenas le permitia divisar el cuerpo del reptil; y como la incertidumbre es el peor de los males, á cada momento temia sentir doblarse y caer su vegetal guarida, y los pocos cabellos que le quedaban, se erizaban de miedo bajo su turbante de palmas, al pensar que de un momento á otro podía caer vivo en la cavernosa boca del mónstruo, el cual debia engullirlo poco á poco y por entregas, como una publicacion de lujo, y sepultarlo en su sepulcro estomacal sin el mas sencillo epitafio, que anunciase á la posteridad de Belfast las virtudes y talentos del difunto. Y su afliccion y congoja era mayor aun, cuando traía á la memoria el resultado positivo que iba á proporcionar al cuerpo del sauriano con su succulenta figura así que hubiese entrado en el periodo de la dijestion.

Seis horas consecutivas continuó la zapa el mónstro, hasta que, por último, notóse en su mandíbula cierto desaliento y posturacion. Entónces recurrió á otro medio, q' fué el de batir la palmera con su huesosa cola, á manera de ariete romano. El árbol resistía á los repetidos golpes; pero sus continuos sacudimientos llenaban de espanto al sábio que se hallaba en la posición de un hombre que siente temblar la tierra bajo sus pasos. De cuando en cuando se desprendía un racimo de dátiles y venia á parar sobre el lomo del cocodrilo, cuyo furor redoblaba como el de un sitiador que recibe un proyectil disparado desde lo alto de los muros. Por otra parte, esa inusitada desaparicion de los dátiles, no dejaba de causar zozobra al pobre Adamson que veía llegar el momento en que debia fenecer su despensa y encontrarse sin víveres.

Ningun hombre padeció mas angustia que nuestro sábio. Convencido de que la vida es un don demasiado amargo para ser conservado en medio de tantos sinsabores, resolvió, como el romano Décio, precipitarse desde lo alto del árbol y ser víctima de su voraz enemigo. Poseído de esta idea, enderezóse sobre el tronco de la palmera, mostró su cuerpo alto y enjuto, como á menudo se nota en las Islas Británicas, y despues de haber avanzado un pié, flaco y peludo, retuvo el otro con toda su fuerza y... no se precipitó, pues un honroso pensamiento lo paralizó en el ímpetu del suicidio. Adamson carecia de mujer, hijos y sobrinos, y esta consideracion, que hubierado nuevo impulso á un hombre vulgar, fué para el sábio el áncora de salvacion.

Poco á poco, se dijo: Vamos con tiento. Conviene considerar que conmigo debe extinguirse el ilustre nombre de Adamson. ¡Y la ciencia! ¡y la humanidad! ¡Hombre egoista!—Tal así se apostrofó el académico—¿Con qué derecho piensas en darte la muerte, cuando la luz de la verdad, el progreso, el bien de tus semejantes, el linaje glorioso á que perteneces, todo milita, todo coopera para apartarte de la tumba? Si, añadió con un grito admirable, por mas que me cueste, permaneceré en este valle de lágrimas, y daré á los sábios futuros ejemplo de fortaleza. *Non omnis moriar*, como dice el profano.

Esta resolucion llenó de generoso brio y admiracion propia el alma sublime de Adamson, y el héroe cruzó dramáticamente sus brazos, mirando de hito en hito al cocodrilo, que igualmente fijaba en él su ardiente vista; despues se sentó majestuosamente sobre el árbol, se guareció con su follaje, y se abandonó á sus reflexiones, si bien tomando todas las precauciones necesarias para no dar una voltereta que le hubiera hecho caer directamente entre las mandíbulas del pertinaz cocodrilo, concluyendo su preciosa vida.

¿Quién podrá sondear los abismos y repliegues del corazon humano? ¿Quién lo creería? Ebrio de su valor, el anacoreta de la palmera, hallaba no poca diversion al ver el encarnizamiento del anfibio contra el tronco del árbol tan profundamente arraigado por fortuna suya. Las ondulaciones que hacia poco habia juzgado tan alarmantes, le parecian actualmente voluptuosas

como las del columpio; y no podía menos de sonreir con aire paternal al ver los esfuerzos del mónstruo, al cual dirijia epigramas ingleses, tratándole de *goose*, de *rascal*, de *naughty boy*, de *sille fellow*. Y hay que advertir que el acento inglés, ágrío y metálico á la manera del relincho de los caballos, irritaba al sauriano, que respondia con un paloteo de escamas, que si bien desagradable para cualquier bicho viviente, no dejaba de ser armónico al oido del sábio de Belfast.

Inútiles eran los esfuerzos del feroz anfibio, y la palmera se mostraba firme. El estóico Adamson recordó un capitulo de Séneca sobre el arte de construir la felicidad en todas las situaciones de la vida, y resolvió seguir el precepto del filósofo Romano.

Condenado á vivir en un árbol, divisó una perspectiva risueña. ¿Qué le faltaba? ¿Acaso no habitaba en un clima hermoso, en una soledad encantadora, poseedor de un alimento frugal pero sano, y agua potable en profusion? ¿Quién sabe si andando el tiempo, no llegaria á detener en su vuelo á los palomos de la Etiopia y poder guisarlos sin mas ayuda que el calor solar? Y en materia de recreo, tenía á sus pies un rio caudaloso, misteriosas ruinas, un cocodrilo cuyas muecas eran su diversion continua; en una palabra, todo lo necesario para pasar horas amenas. Además, podia, en sus ratos desocupados, preparar manuscritos relativos á la comarca, desde que se estendian á sus pies los montes de las Esmeraldas hasta los de Aya, soledades inmensas en que se elevan las ruinas de los templos de Júpiter y Apolo, entre Berenice y Nequesia.

(Continuará.)

Claudina

por

J. O. B.

VII

EL ENCUENTRO.

Julian no pudo persuadirse que aquello era una realidad, porque cuando vió que los vestidos de Claudina se desplegaban por el aire en el momento de precipitarse de la roca, por un efecto de óptica creyó que se recojian sobre un peñazco, ó imaginó que la jóven lo burlaba. Trató pues de desengañarse, y con tal objeto se dirigió al cerro, cuando oyó voces á su espalda y se detuvo.

La desesperacion de este hombre era horrible—su relicario habia desaparecido—Claudina tambien se le habia ocultado—La hora fatal acababa de sonar—La fiebre lo devoraba.

Aquellas voces que oyó, lo acabaron de perder y un ataque epiléptico lo trajo á tierra, cayendo al borde del parapeto que daba al barranco que formaba el patio de la casa.

Cuando volvió en sí, el sol acababa de herir el meridiano y por consiguiente eran las doce del día, y se encontró rodeado de una porcion de oficiales de su batallon que habian ido á visitarlo.

Para este hombre, todo lo que allí se presentaba á su vista, eran objetos nuevos y desconocidos; así pues, cuando sus compa-

«eros le preguntaban algo acerca de su situación y de la enfermedad de que se había visto acometido, sus respuestas eran inconexas y vacías de sentido, y solo se le oían repetir con frecuencia estas palabras: —Mi madre—mi relicario—mi Claudina.

Por supuesto, palabras que para aquellos huéspedes eran incomprensibles, porque no estaban al cabo de los antecedentes. Mas estos, que después de algunas horas de estar en la habitación del baño no habían visto parecer á Claudina, y sin embargo de no imaginar, de no sospechar ni remotamente lo que acababa de suceder, se aventuraron á preguntarle por la jóven. Entonces, Julian, que desde la ventana de su cuarto distinguía la *Roca del Peligro*, se la indicó con la mano diciéndoles al mismo tiempo:—*Allí está.*

Esta respuesta les hizo creer que tal vez algún disgusto momentáneo entre aquellos amantes, habría llevado á Claudina hasta aquel sitio, y algunos de ellos se decidieron á subir al cerro y traerla al lado de Julian.

Este que había oído la determinación de sus amigos, se resolvió también á acompañarlos, y por mas que ellos se opusieron, haciéndole algunas reflexiones sobre el estado de su salud, se obstinó tanto, que temieron disgustarlo y le permitieron que subiera apoyado en el brazo de uno de sus compañeros.

Antes de llegar á la meseta de que tantas veces hemos hablado, la senda que conduce á ella estaba cortada transversalmente por unas listas blancas, que eran otras tantas angosturas ó estrechos caminos que el continuo andar de los animales que pacían por ellos había formado.

Julian, con el compañero que lo llevaba del brazo, tomó una de estas angosturas, y como guiado por un espíritu maligno, siguió precisamente por la que lo debía llevar á tener un *encuentro*.

No bien habían andado algunas varas desde el punto en que la senda principal había sido dejada por ellos, cuando el compañero de Julian advirtió que una de las piedras mas salientes estaba manchada con sangre y que en las que seguían la misma dirección para la base del cerro se veían iguales manchas; y como por la falta de antecedentes se fijase en esto sin precaución alguna, llamó la atención de Julian, quien, exaltado por la fiebre y á la presencia de aquella sangre, comprendió que alguna desgracia tenía que deplorar, mucho mas cuando en el fondo del abismo creyó distinguir el blanco vestido de Claudina.

En efecto, lo había reconocido; y asustado por aquel reconocimiento y todo fuera de sí, dió un espantoso grito y cayó sin sentido.

El compañero de Julian había distinguido también el cuerpo de Claudina; y cuando se disponía á cargar en sus brazos á su amigo desmayado, oyó las voces de los demás oficiales que, atraídos por aquel terrible y aterrantísimo grito, venían á ver quien era el que lo había dado.

Instruidos por su compañero de todo lo que había pasado en aquel momento, unos condujeron en brazos á Julian hasta la habitación del baño y otros descendieron al abismo á sacar el cadáver de Claudina.

La luna se veía en aquel momento sobre el horizonte.

VIII.

LA IMITACION.

El cadáver de Claudina, después de sacado aquella noche del fondo del abismo y lavado perfectamente, fué colocado en un pequeño espacio que había en la parte posterior de la casa, y estaba á cubierto de la intemperie por una especie de tienda de campaña ó toldo que los oficiales habían formado con sus capas.

Nuestros lectores inferirán naturalmente que aquel cuerpo no podía conservar ya ninguna forma humana, porque caído de una altura de cincuenta varas, no debía ser sino un saco de huesos; sin embargo, el rostro estaba intacto, no había recibido lesión ninguna y solo en la cabeza tenía una herida mortal.

Inmediatamente que los oficiales sacaron el cadáver del sitio en que había caído, dieron parte al primer jefe del batallón de aquella novedad; así es que, serían las ocho de la mañana del día siguiente, cuando vino de Zapaquí el oficial que anunció la pronta llegada de los soldados que debían conducir aquel inanimado cuerpo en un féretro dispuesto espresamente para este objeto.

Por uno de esos inesplicables misterios de la naturaleza, Julian amaneció mejorado, ó sea que aparentemente lo manifestaría; el caso es que interrogado por sus compañeros sobre aquel acontecimiento, lo explicó perfectamente, sin dar lugar á creer que su razón pudiera estar resentida de extravío; afirmando además, que él se hubiera casado con aquella jóven al regreso de la campaña, como á ella misma se lo había prometido tantas veces; pero que esperaba tener un grado mas, es decir, comandante efectivo.

Julian se empeñó en ver el cadáver, pero no se lo permitieron, y entonces dijo á sus amigos, que si era necesario separarse de aquellos lugares, lo acompañasen al cerro porque quería visitarlos por la última vez.

En efecto, empezaron á subir, y á medida que ascendían se notaba en Julian una horrible mutación en el semblante. Cuando llegaron á la meseta que todos conocemos, estaba tan demudado aquel hombre, que en sus facciones, y sobre todo en la mirada había un no sé qué de aterrantísimo y de espantoso, que cualquiera hubiera dicho que iba á reventar.

Así que se hubieron reunido todos los amigos de Julian y que se les había pasado el cansancio ocasionado por la subida, trataron de averiguar la causa de la alteración que notaron en el semblante de este, con cuyo motivo le dirijieron algunas preguntas, á las que no dió respuesta ninguna, y parándose de improviso les dice:

—Mis amigos, por este mismo sitio descendió Claudina y yo debo imitarla.

Y aproximándose á la roca fatal, se iba á precipitar por la misma cresta, cuando uno de los oficiales alcanzó á tomarlo de la capa cuyo broche estaba prendido, y como aun no había soltado el cuerpo para la parte de afuera, pudo contenerlo y evitar así un otro crimen. Inmediatamente lo bajaron agarrado por ambas manos; y en el momento que

entraban al patio de la casa, llegaba también la comitiva que debía conducir á Zapaquí el cadáver de Claudina.

IX.

LA VUELTA.

Volver á Zapaquí y llevar el cadáver era una necesidad imperiosa; pero había la dificultad que Julian no quería dejar aquellos lugares; y solo á fuerza de instancias y de reflexiones, después de muchas horas de resistencia, condescendió con sus amigos; pero les impuso la condición que él había de ir á pié y sin separarse del féretro, cuya condición le fué admitida por no violentarla.

En las seis horas que duró la marcha, no habló Julian ni una sola palabra, ni tampoco separó la vista ni un instante de aquel manto fúnebre que, cual el emblema de la vida, según la espresión de Lamennais, cubría el inanimado cuerpo de aquella que había sido una mujer, pero que en aquel momento no era sino la imagen de la nada.

Era de noche cuando aquella mortuoria comitiva entró en Zapaquí adonde ya se le esperaba, y guiada por uno de los sacristanes se depositó el féretro en la capilla principal.

Julian llamó aparte á uno de sus compañeros de mas confianza y le suplicó que lo dejasen solo un momento. En efecto, así lo hizo este; sacó de allí á los demás y satisfizo aquel deseo de su amigo; pero procuró colocarse donde pudiera observar á Julian sin que lo viese.

(Concluirá.)

Cartas porteñas.

Por los días en que llegó la noticia de la rendición de Uruguayana, escribí á la *Revista* una estensa carta sobre asuntos diversos, pero por mas que he esperado verla publicada, no ha sido así.

¿No llegaría la carta á su destino? (1)

¿Se ha postergado su publicación por abundancia de materiales?

En mi calidad de corresponsal, me importaría conocer la verdad.

No que la *Revista* gane ó pierda con mi silencio, sino que yo profeso la máxima atribuida á Franklin: *Time is money*—el tiempo es dinero.

No quiero decir precisamente con esto que la inteligencia representa aun entre nosotros un capital efectivo que el trabajo haga reeditar, sino que es inútil gastar tiempo, papel y tinta, en escribir para el carnero.

Pero debo á la *Revista* la confesión que mi creencia es que esa carta no llegó á su destino y asisteme razones para creerlo así; la dirección de la *Revista* desde un principio pidió mi colaboración. Correligionarios en ideas, principios y tendencias, se me ha mostrado siempre simpática y en el aislamiento de que gozo en mi amada patria, la especie de vínculo fraternal que me liga á esa publicación literaria es un consuelo que mas de una vez ha traído á mí mente las palabras de Jesús:

(1) La Dirección de la *Revista* no recibió esa carta.

«Niuno es profeta en su tierra con honra y con gloria.»

Pero lleve cada cual su cruz al calvario y paciencia.

Pasando á otra cosa, hablaremos sobre asuntos diversos.

Los paraguayos se retiran. Dios los lleve con bien; animalitos del Señor, no tiene perdón de Dios el trabajo que nos dan, y la bulla que han metido; pero el horizonte se ha despejado.

Hubo un tiempo en que los creía la Rusia de América: la ilusión está desvanecida y hoy veo que no son mas que unos pobres mestizos Guaranis que conservan todo el tipo indigena y que su fiereza no es mas que el boato de añejas tradiciones.

El mudar la guerra de teatro nos promete prolongarse indefinidamente, salvo si se consigue forzar el paso de Humaitá, que no lo creo el Cronstad del Paraná, por mas que digan; ese formidable Sebastopol del Paraguay no ha de ser tampoco un nuevo Sumpter.

Hay mucha acritud en la manera cómo se juzgan las operaciones del Ejército aliado; ¡infeliz del hombre de honor que sube al poder en estos países! lo hacen trizas.

En medio de todos estos acontecimientos de la guerra, suscripciones y bazares, los teatros siguen trabajando y los Clubs han abierto sus puertas á la dorada sociedad. Un lúgubre suceso ha afectado hondamente, á los amigos de la ciencia y en general á la población francesa aquí residente.

Amadeo Jacques dejó la vida tan súbita como inesperadamente.

El anterior á su muerte habia dado sus clases en el *Colejio Nacional* y la Universidad; esa noche estuvo en el Teatro francés riendo con sus amigos; retiróse temprano, y llegado á su casa se recojió.

Jacques escribía ó leía generalmente hasta tarde; esa noche se acostó temprano.

Conforme á los hábitos de su país, tenia su cuarto de dormir contiguo al de su esposa y seguido de su escritorio.

Levantábase en todo tiempo á las cuatro de la mañana, trabajando por lo general hasta las 8.

Su señora lo sintió andar en pie á la hora de costumbre y despues quedar en silencio; á las 8 y cuarto envió la hijita mayor, edad de ocho años, para que lo recordase.

—Papá está muy dormido, no puedo despertarlo: volvió diciendo la inocente niña.

A las 9, la Sra. de Jacques, estrañando ese sueño no acostumbrado, entró en el aposento y lo encontró muerto; acostado en su cama vestido, el cuello de la camisa desprendido, y abierto.

Momentos despues circulaba la fatal noticia en el colegio y el amigo de quien tengo estos tristes detalles, dice que al entrar al cuarto mortuario, se presentaba un cuadro desgarrador.

La Señora de Jacques, en pie á la cabecera dela cama, lloraba abrazada con su niña mayor (la que habia ido á despertar á su papá) y la que para alcanzar al cuello de la madre se habia subido sobre una silla.

Los dos hijos de Jacques, uno de tres, otro de cinco años, subidos encima de la cama, jugaban con el rostro de su padre acariciándolo.

Un médico entró y levantando los parpados observaba el estado de los ojos.

—Cuidado, amigo, le dijo uno de los niños; vas á desperar á mi papá!

El gobierno Nacional se ha conducido caballerosamente: los dos Ministros del Interior y de la Instrucción se trasladaron á casa del Dr. Jacques al punto que les fué conocida su muerte; el Dr. Rawson ordenó la autopsia, y todos los gastos han corrido por cuenta del erario.

Como los hombres de saber, Jacques se ha llevado consigo el capital; pero el gobierno se ha conducido noblemente, puesto que las cosas se han hecho con la mayor decencia y hasta se ha enlutado la familia.

Un amigo que tuvo el cadáver durante la autopsia, dice que de la investigacion, cuyo resultado no se ha publicado todavia, resulta que el Sr. Jacques sucumbió á una congestión cerebral instantánea, acaso proveniente dela debilidad que revelaron despues las visceras del corazon, que no se hallaban en buen estado, presentando este muy pequeño volúmen.

—Nunca olvidaré aquella cara mutilada, me decia este mozo, profesor del *Colejio Nacional* y antiguo compañero del Dr. Jacques desde Tucuman.

Se dice que los huérfanos serán adoptados por el *Colejio Nacional*.

Entre tanto la muerte de este hombre eminente importa seis vacantes en la enseñanza superior:

Un Rector para el Colejio.

Un Director de estudios.

Un profesor de Filosofía.

Uno idem de Matemáticas.

Uno idem de Física.

Uno idem de Química.

Entre los papeles del Dr. Jacques se han encontrado diversas notas relativas al caso de muerte repentina!

Desconfiad, pues, del presentimiento! Sobre todas estas pérdidas del momento reunamos su *Biblioteca de la Juventud*, donde proyectaba reducir la ciencia á sus preceptos fundamentales mas simples, para democratizarla y ponerla al alcance de los niños como de ese niño que nunca envejece el pueblo.

Hemos perdido no solo un hombre eminente, sino un correligionario.

Paz á su tumba y honor á su memoria!

Recibí ayer de Italia por via de Inglaterra el adjunto diario (2) que publica en Parma una sociedad literaria de Señoras y deseo que la *Revista* lo haga conocer del bello sexo Oriental.

La posicion de la mujer en estas rejiones es completamente falsa, su educacion rutinera y viciosa; mientras que el hombre se emancipa cada vez mas y fortalece su razon, la mujer continúa siendo la esclava de las tradiciones coloniales y la presa del fanatismo; tal estado de cosas la aleja cada vez mas del marido y la entrega mas completamente al clérigo que la explota y la mantiene en las creencias de la Edad media.

La Voz de las Mujeres no puede ser mas interesante y llamaré la atencion sobre la correspondencia de A. Maria Mozzoni, autora de una obra cuyo titulo es *La mujer considerada en sus relaciones sociales*.

(2) Irá en el próximo número.

El autor ha escrito ese libro en ocasion de reformarse en Italia el Código Civil.

Una amiga de la *Revista* es colaboradora y corresponsal desde el Rio de la Plata, y me consta que su primera labor literaria para *La Voz de las Mujeres*, será un «Estudio sobre la condicion social, moral é intelectual de la muger en el Rio de la Plata.»

Despues de la intimidad del sufrimiento, no conozco nada de mas dulce que la intimidad del espiritu, trabajando en la gran obra regeneradora de emancipar la razon humana de las tinieblas del error y de la rutina.

Violeta

Buenos Aires, Octubre 28 de 1865.

De la Censura de Teatros.

¿Hay derecho por parte de los gobiernos, á imponer la Censura?

¿Se puede coartar la libre manifestacion del pensamiento, cualquiera que sea el modo con que se produzca, sin atentar á los mas sagrados derechos del hombre?

Casi nos parece imposible que puedan formularse estas preguntas, encontrando una contestacion afirmativa.

Cuando la libertad de la prensa es sagrada; cuando la libertad de la palabra es un derecho incontestable, ¿no lo será tambien la libertad de teatros?

¿En qué son diferentes, los teatros como medios de hablar al público, de la prensa ó de la tribuna?

¿Manda acaso el gobierno un censor que examine los articulos de un diario, para juzgar si deben ó no ser publicados?

¿Por qué lo mandará entonces, para examinar un drama ó una comedia?

Desgraciadamente, la idea de que la censura de teatros, es necesaria, está bastante difundida, y cuenta en su apoyo, sofismando al menos, el abuso que de la escena se ha hecho siempre ó casi siempre, entre nosotros.

Pero no es á la falta de censura gubernativa á lo que debemos atribuir ese abuso, es á la falta de criterio del público.

Basta entre nosotros, que al subir una pieza cualquiera á la escena, ostente el nombre de un hijo del país, ó un acontecimiento pátrio cualquiera, para que cuente con un éxito seguro.

Es así cómo hemos visto representarse y ser cubiertos de aplausos, á monstruosidades literarias, que no debieran merecer ni los honores de la critica.

Se teme que con la escena libre pueda ésta convertirse en una cátedra de inmoralidad, por las piezas que se representen.

Pero, si el público que debe escucharlas es moral, si solo gusta de sobriedad literaria y del verdadero drama, no asistirá á esas representaciones y por consiguiente las hará inútiles.

Si por el contrario, es afecto á las inmoralidades y si le gusta ver en la escena la representacion de algunos de esos cuadros que deshonoran ó degradan á la especie humana, es inútil que sea en el teatro donde esa inmoralidad vaya á combatirse, porque no es un drama lo que empeora á un público pervertido ya.

Lope de Vega decia:

El vulgo es necio y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

En esos dos versos, puede encontrarse toda la inutilidad de la censura.

Los dramas, como todo lo que se consume, moral ó materialmente, por el público, viene á responder á sus necesidades y es absolutamente innecesario que el poder le marque cuales son ellas.

Si en Paris, por ejemplo, hay representaciones, de esas cuya descripción no podríamos hacer sin faltar á la decencia, es que hay un público que necesita de ese género de representaciones para poderse divertir.

Estámos seguros que no habrá un solo autor dramático á quien se le haya ocurrido ir á hacer representar sus dramas, en las tolderías de los pampas ó de los patagones. Y esto es que todos sabemos mas ó menos bien, que para encontrar una buena acogida en el público, es necesario que le demos un manjar adecuado á su paladar; lo demas, es como se dice vulgarmente, tirar piedras á la luna.

Comprendemos bien que al sentar, como máxima incontestable, que todo lo que el público acepta con gusto es porque le llena una necesidad que sentia, podemos venir á un resultado doloroso, para todos los hijos de este pais, cual es, el de que nuestro público, es bastante atrasado para no saber apreciar lo que es bueno en el arte dramático y que es esa la razon porque acepta y aun aplaude todo lo que se le presenta con algun título á su consideracion.

¿No seria mas conveniente, que en vez de pedir la censura gubernativa, se pidiera la censura del público, y que en vez de prodigar á todo lo que sube á la escena un aplauso que las mas de las veces seria una ironia si nuestro público no fuese tan *bon enfant*; se tuviera una critica severa é implacable para con la literatura dramática, tanto nacional cuanto estrangera?

El verdadero medio de que nuestra escena que, con franqueza lo decimos, causa lástima, se corrigiera, seria que el público tuviera una palabra de reprobacion y una ausencia completa para todo lo que sea malo, cualquiera que sea la nacionalidad ó el nombre del autor, y un aplauso tanto mas verdadero cuanto mas justo para las piezas buenas que se representaran.

Para rebatir el establecimiento de la censura gubernativa como inútil, podríamos citar como argumento el que es innumerable el número de malos dramas y aun el de los indecorosos, que han subido á la escena mientras que ha habido un censor público.

Cierto es que el censor era D. Francisco A. de Figueroa, que es el primero en nuestra opinion, á quien el público debería aplicar la censura, para rayarlo de entre el número de nuestros verdaderos poetas.

Lo hemos dicho ya, y volvemos á repetirlo, los gobiernos no son encargados de dirigir al público en tal ó cual senda, sino de garantir á cada uno su libertad.

Para pretender lo contrario, seria necesario atribuir á los gobernantes, la infalibilidad que el catolicismo atribuye al papa, y creemos que la cuestion de la revelacion divina y de la infalibilidad ha caducado hace largo tiempo.

Ademas, en la escena lo único que podria impedirse, seria la inmoralidad.

¿Y quién puede decir, si una pieza es ó no inmoral?

Desde que la moralidad se mide por las costumbres de los pueblos, puesto que á veces es altamente inmoral para nosotros, lo que es muy justo para otros pueblos, — es solo el público quien puede juzgar de la inmoralidad de una pieza cualquiera.

¿Hasta cuándo se deseará que el gobierno tome parte en lo que no debe tomarla?

¿Y cuándo perderemos la costumbre de esperarlo todo, de los que mandan?

José Pedro Varela.

Los jesuitas.

Sres. Redactores de la *Revista Literaria*.

Los Jesuitas se han introducido entre nosotros, merced á la tolerancia de nuestro Gobierno, algo problemática para algunos que en todo quieren ver una intencion torcida.

Una vez que les fueron abiertas las puertas del pais, no se hicieron esperar para entrar por ellas, y era natural que se apresurasen cuando en todas partes se les cierran.

Ayer no mas vinieron y ya empiezan sus siniestros trabajos. Tratan de fundar un Colegio para apoderarse de la educación de la juventud, con cuya tarea se preparan uno de los medios mas poderosos de su tenebroso sistema.

Hoy se apoderan del corazon de los niños, mañana se apoderarán del de las madres, y no tardarán en hacer de la familia, lo que la han hecho en todas partes, una infernal mentira.

En pié y alerta los que amamos la paz del hogar, contra sus envidiosos naturales, como los llama Michelet, que pretenden privarnos de ella.

Vdes, Sres. Redactores, como representantes de la nueva generacion, están llamados á detenerlos en su funesto camino, ahuyentando con la luz de la verdad, las sombras en que envuelven sus siniestros fines.

Seguro de que tendrán Vdes. gusto en reproducirlas en su periódico, les adjunto unas cartas del Emperador José II, que revelan el juicio que le merecian los Jesuitas á este gran reformador á fines del siglo pasado.

Mas adelante y con mas tiempo tendré siempre gusto en remitirles publicaciones análogas, porque quiero contribuir en lo que pueda al desprestigio de los enemigos de la familia.

N. N.

AL DUQUE DE CHOISEUL, PAR DE FRANCIA Y SECRETARIO DE ESTADO.

Señor:

Os doy gracias, por la confianza que me manifestais: si fuese soberano, podriais contar con mi cooperacion. En cuanto á los Jesuitas y al plan de abolir su comunidad, soy enteramente de vuestro parecer.

No conteis demasiado con mi madre (Maria Teresa), porque el apego á esa compañía se ha hecho hereditario en la casa de Hapsbourg. El mismo Clemente XIV tiene pruebas de ello.

Sin embargo, Kautnitz es amigo nuestro, todo lo puede con la Emperatriz y estará de comun acuerdo con vos en todo lo que ten-

ga relacion con la extincion de la Orden. Lo mismo digo del Marqués de Pombal, quien por otra parte, nada hace á medias.

Choiseul!—Conozco esas jentes mejor que nadie: conozco todos sus designios. todos sus esfuerzos para difundir las tinieblas por el mundo y trastornarlo para gobernar la Europa desde el Cabo Finisterre hasta el Mar Glacial.

Los Jesuitas eran Mandarines en la China, académicos, cortesanos y confesores en Francia, grandes de la Nacion en Portugal y España, y reyes en el Paraguay.

Si el hermano de mi abuelo José I, no hubiese subido al trono, hubiéramos visto quizás en Alemania otros Malagridas y Aveiros, y una tentativa de rejuicio.

Pero los conoció á fondo. Cuando un día el *Santedrin de la orden* entró en sospechas acerca de la probidad del confesor de aquel, y que este se manifestó mas adherido al principe que al Vaticano, fué citado ante la Cúria Romana. Preveyendo la suerte cruel que allí le aguardaba, suplicó al monarca se dignase impedir el viaje; pero todos los esfuerzos del Emperador quedaron inutilizados, pues que el mismo Nuncio exigia la partida del confesor. Irritado por un acto tan despótico, José I declaró que si se obligaba al reverendo padre á ir á Roma, no iria solo, sino que lo acompañarian todos los Jesuitas de los Estados Austriacos, para no reaparecer jamás en ningun punto de la Monarquía. Esta respuesta inesperada y casi temeraria para la época, les hizo soltar la presa á los Jesuitas.

Tal fué el espíritu de otro tiempo. Choiseul, bien lo veo, es preciso que cambie.

Adios. El cielo os conserve todavia largo tiempo para la Francia, para mí y vuestros numerosos amigos.

JOSÉ.

Enero de 1770.

Poco tiempo despues de esta carta, la abolicion de la orden de los Jesuitas fué decretada por el mismo Papa, causando al Emperador de Alemania la satisfaccion que revela la siguiente carta:

AL CONDE DE ARANDA, CABALLERO DEL TOISON DE ORO, GRANDE DE ESPAÑA, CONSEJERO ÍNTIMO, MINISTRO PRESIDENTE DE LAS DOS CASTILLAS Y EMBAJADOR ACERCA DE LA CÔRTE DE FRANCIA.

Señor:

Clemente XIV se ha granjeado una gloria inmortal librando al mundo de los Jesuitas, estos *sicarios del apostolado*, cuyo nombre solo se citará en la historia de las controversias y del jansenismo.

Antes que se conociesen en Alemania, la Religión era un manantial de felicidad para los pueblos, pero ellos la desnaturalizaron convirtiéndola en un simulacro odioso, en instrumento de su ambicion, en el manto de sus culpables proyectos.

Una institucion engendrada en el Mediodia por la imaginacion fanática de un fraile Español, una institucion que aspira al monopolio universal del espíritu humano, y q' para llegar á él busca como someterlo todo al infalible senado de Latrán, ha sido un presente bien funesto para los nietos de Tuistson.

El principal y único fin que prosigue el *Santedrin* de los Loyolistas, es estender

su gloria y poderio, es aumentar la oscuridad de las tinieblas por el resto del Universo.

La intolerancia de los Jesuitas ha desencadenado en Alemania las calamidades de una guerra de treinta años: sus principios han arrebatado el trono y la vida á los Enríques de Francia: la atroz revocacion del Edicto de Nantes es su obra completa.

Su influencia sobre la casa de Hapsbourg es mas que conocida. Fernando II y Leopoldo no dejaron de protegerlos sino cuando dejaron de vivir. La educacion de la juventud, la literatura, las recompensas, los nombramientos para las mas altas dignidades, el oido de los reyes, el corazon de las reinas, todo fué entregado á su direccion artificiosa. Demasiado se sabe el uso que de esto hicieron, los planes que supieron ejecutar, las cadenas que forjaron para las naciones.

No ignoro que á mas de Clemente el Grande, los Ministros de las Cortes Borbónicas y el Marqués de Pombal, han tenido parte en la destruccion de la órden. Sus esfuerzos serán apreciados por la posteridad, que honrará su memoria.

Si pudiese aborrecer, execraria una clase de hombres que persiguieron á Fénelon, que provocaron la bula *In coena Domini*, y que hicieron á Roma tan despreciable.

Adios.

JOSÉ.

Viena, Julio de 1773.

Al firmamento

FANTASIA.

(Traducido para la Revista Literaria por Armando.)

Firmamento! Despeja por un momento las nubes que te ocultan á mi vista: necesito hablarte en toda tu soberana belleza!

Despeja las nubes, como la mujer amante aparta su velo en presencia de su amado.—Tú no sabes cuánto bien me produce el verte sereno!

¡Qué lindo eres!—Deja que te contemple y aprenda á amarte cada vez mas. Dios te hizo para ser amado.

¡Qué lindo eres!—¿Qué alma puede permanecer insensible ante un milagro tan grande de la creacion? ¿Quién no se exalta y se sublima? ¿Y qué corazon, por mas depravado que sea, no se purifica, y se torna virgen?

Tú misticamente razones de Dios y me anuncias que arriba de ti gozan eternamente los Angeles.

Tú me hablas de amor y de poesia—bellas rayos entresacados de la corona del sol y destinados á irradiar nuestro desierto. Oh! háblame siempre, siempre así!

Eres hermano mellizo de la tierra. Un *fiat* os dió vida en un mismo dia. ¡Bendito sea el primer dia de la creacion!

Y sobre la tierra que tanto amas, viertes belleza inefable, porque te espejas en ella, ¡oh, firmamento! tan lleno de la belleza divina.

¿Y qué seria la tierra sin tí? ¿Qué seria sin la presencia de tus zafires? Pobrecita! una reina sin corona.

Ella, reconocida, te ama: y cuando immaculado de nubes la adornas con tu celeste velo, como esposa que recibe el primer beso de amor, se conmueve de alegría y

rivaliza contigo en suavidad. Pero sus mil plantas y sus mil arroyuelos, no valen una joya tuya.

.... Ahora, firmamento, estás tranquilo y sereno como el hermoso mar de Génova en una tranquila tarde de estío.

En el oriente una luz ligeramente difundida—purpúrea—brillante. Un rayo—mil—un mundo de luz—el sol!

Es el rey de los astros que infunde á la tierra vida y sonrisa. Tú, ¡oh, firmamento! eres su trono. Los hombres, deslumbrados por tanta maravilla, os bendicen á ambos.

Entretanto el sol recorre su propio horizonte derramando sobre el universo luz inefable de oro.

Soberbios del mundo, ¿qué sois en parangon con un rayo solar? Y la corona, el cetro, el manto inclinado de los reyes de la tierra, ¿qué son comparados á un sol que domina el ámbito del firmamento?

.... Pero ¿porqué te entristeces, ¡oh, lindo cielo! é invitas á los demás á una suave tristeza?

Es la agonía del sol.—Él nos dá un doloroso adios. Parece que llora: y en esta hora suprema invita á llorar á los demás.

Toda la naturaleza se entristece.—Tú, ¡oh, firmamento! vistes luto á nuestras miradas y cubres con él á tu hermana de amor—á la tierra.

¡Adios, oh, sol! ¡Adios, grande astro moribundo! Recibe un suspiro mio!

¡Adios, oh, sol! Privándonos de tu poderosa luz, nos dejas para que nos consuelen otros soles, otros astros.

Tú primero recibe mi salud, oh Hésper, melancólica estrella de amor. ¡Oh, firmamento, cuánto quiero esa joya tuya!

Deja que la contemple, que yo me sublimé en su vista! Hésper! Hésper! vierte sobre mi oscura cabeza un solo rayo de tu diadema. Uno solo, Hésper!....

Si pudiese estar en tí! Si pudiese confundirme con los rayos de tu luz—tener una vida breve pero irradiada por tí. Yo contigo contemplaria mas de cerca los zafires del firmamento; miraria á la tierra, y, convertido en luz, le regalaria uno de mis rayos....

Si pudiese estar en tí! Oiria talvez el dulce sonido de las liras de los ángeles, oiria su canto.... ¡Ah, melodía del cielo! ¿qué eres tú, pues, si la de la tierra es tan suave?

¡Oh, firmamento! Si yo pudiera sustraerte ese Hésper!!!

Muy dulces sois, estrellas, para quien os contempla estasiado!

¿Pero qué son ellas, oh firmamento? ¿Otros tantos rayos talvez, que el trono de Dios derrama sobre tí?

¿Son ellas otros mundos, y talvez de amor?

¿Mundos en que la vida pasa sin dolores y sonrien eternas las rosas?

¿Aman talvez, las estrellas? Y estando tan cerca del Creador ¿pueden no amar? Y ellas tan lindas; ¿carecerian de afecto?

Todos tienen una estrella que vigila el propio destino. ¿Y la mia?....

¡Enseñamela, oh firmamento! Acaso está tan lejos, tan escondida que no pueda yo verla!

Tenga en horabuena pálida y débil luz, pero que al ménos yo vea á mi estrella—que yo la ame, que yo la ame! ¿Adónde es-

tás? Un rayo de tu frente y me creeré bendito.

¡Oh! no me odies al ménos, estrella invisible que invoco! Seria un dolor demasiado terrible.

Luna! astro predilecto de quien llora ó ha llorado—de quien ama ó ha amado—¿cómo eres bella con tu firmamento!

Hermana del sol, yo te saludo.—Las flores,—dulce creacion!—en su mudo idioma te hablan de su afecto.

Violeta, flor que amo, he ahí la luna!

Tú que eres púdica y modesta, vuelve la cabeza hácia el astro púdico.

Universo! he ahí quien dá á tu mar, á tus arroyuelos, un tesoro de joyas y de plata: he ahí quien te infunde la calma celeste y te pinta todo amor.

Poesia! poesia! levántate é inspirete! Una mirada hácia el firmamento, y crea.

¡Oh! todos, todos, mirad el firmamento en esta hora feliz. Ante ese cielo celeste debe callar el odio, ennoblecerse el corazon, avallorarse la piedad.

Contempladlo, contempladlo!.... Haz, oh firmamento, que yo siempre te vea sereno!.... Que yo pueda bendecir tus astros, que yo pueda bendecir mi solitaria estrella de amor!....

Noviembre 1º.

Reseña bibliográfica

II.

LAURINDO LAPUENTE.

(Concluye)

Si bien la Musa del Sr. Lapuente se place en vagar por los campos risueños de un sentimentalismo vago y patético, el idealismo de Schiller rarificado por Novalis—no por eso recela sumergirse en el piélago zozobroso de las discusiones filosóficas y políticas y á veces, arrojando con desden el laud, echa mano del clarín y entona el himno de guerra. No sabemos porqué no figuran en las *Laurindas* los cantos bélicos publicados en número considerable por el Señor Lapuente, cuyo retrato queda de ese modo incompleto (1).

Por lo que hace á la política, no se muestra el autor muy satisfecho de la situacion de la República, segun se colige de *La nave del Estado*:

Esa nave preciosa
Que llaman patria,
Va cargada de vicios
Y de ignorancia;—
Pues las virtudes
Y la ciencia, en las garras
Del mal sucumben.
.....
De la igualdad proclaman
El dogma Santo,
Y gigante es el rico
Y el pobre enano;—
Y ante las leyes
La inocencia agoniza
Y el crimen vence.

Y cuando acaba de pasar en reseña, con rápida pero eficaz pincelada, los males que aquejan á su patria, presa de fariseos y de farsantes, esclama el bardo entristecido y meditabundo:

(1) La parte de este artículo relativa á las *Laurindas* ha sido escrita antes de la publicacion de las *Republicanas*, de las que nos ocupamos á continuación.

¡Ay de la nave,
Si de tantos escollos
No hay quien la salve!

La nave del Estado es una de las mejores composiciones del volumen que nos ocupa y que debiera ser reproducida por todos los periódicos de estas comarcas y comentada por todos los demócratas de convicción.

No es menos loable, bajo todo concepto, la poesía titulada *La razón*; ella hace honor á quien la escribió y creemos que su reproducción será acogida con interés por nuestros lectores.

Dice así:

LA RAZÓN.

Sublime facultad, que al hombre elevas
Sobre todos los seres—Tú del alma
Eres el sol radiante.—Con tu lumbré
El pensamiento humano, poderoso
Recorre las tinieblas, y en las fuentes
Del ser y del saber su sed apaga.
En vano la mentira perniciosa
Y el falso error, poblaron los espacios
De dudas y misterios, temerosos
De ver contigo la verdad triunfante.
En vano el fanatismo, su anatema
Fulminó contra tí, y los tiranos
De la conciencia, en vano pretendieron
Con el sarcasmo y el absurdo indignos
Quebrantar tu poder.—Nunca vencida,
Tú prodigas consuelos y esperanzas
A la afligida humanidad; y al crimen
Que entre sombras fatídicas se oculta,
Iluminas también, porque á los buenos
Visible quede su horrorosa estampa....
Nada hay vedado para tí, en los tiempos
Ni en las cosas humanas ni divinas;
El hombre y Dios, el cielo y el abismo,
Ver y estudiar sin deslumbrarte puedes,
Ni el—Crée ó muere—ni el terrible infierno
Con que al pobre de espíritu amenaza
El fanatismo bárbaro, te arretra:
Tu fé, la ciencia y la verdad la entienden.
Aun manchan el celeste firmamento
Las nubes del error; mas tú combates
Contra los hijos de Satan, que ansían
Resucitar la inquisición sangrienta
Y cuando libre el universo sea
Del mal protervo y la falaz mentira,
El bien y la verdad por tí salvados
Al Hacedor tributarán incienso.

Apalazadas detenidamente las *Laurindas*, quedamos para concluir, concretar en pocas palabras el juicio que tenemos formado acerca de ellas:—este juicio no puede menos de ser, en su totalidad, sino favorable al Señor Lapuente; este tiene, según lo reconoció en este mismo periódico, un crítico que habló de aquel con bastante severidad, verdadera poesía en la forma y en la idea, naturalidad y elegancia en algunas de sus composiciones. El número de composiciones que se engalan con estas prendas, es considerable, mucho mas si atendemos á lo difícil que es concebir bella y verdadera poesía; los defectos que hemos apuntado á las *Laurindas* no son todos irremediables; la moral que de ellas se desprende, es sana; progresista, elevada y liberal, la dirección de las ideas. Nuestro poeta es joven aun; anda tomando siempre mayor cariño á la lima, al paso que cura sanarse de la fiebre de la publicidad que le hizo antes tan fecundo con perjuicio grandísimo de su talento y de su fama. Noble es el concepto que él tiene formado del arte; sincero y desinteresado, el culto que le profesa: permánecale fiel y evite el escollo fatal del gongorismo y podrá ocupar un lugar distinguido entre los jóvenes literatos que con tanta inteligencia y entusiasmo, entretejen una brillante corona literaria para las sienes de las Repúblicas hermanas que reflejan

sus risueños semblantes en las olas caudalosas y cristalinas del Plata.

Mientras, por circunstancias que sería supérfluo indicar, demorábamos la impresión del artículo que antecede, D. Laurindo Lapuente publicaba un segundo tomito de poesías, tituladas *Republicanas*, con lo que viene á completarnos su retrato moral. Nosotros consagraremos á nuestro turno algunas palabras á esos versos, para formarnos una idea acabada del talento poético del joven Oriental, que dedica á las Musas los momentos de descanso que le dejan las penosas tareas forenses y los cuidados del doméstico hogar.

La *Revista Literaria* reprodujo en sus columnas cinco ó seis *Republicanas* (2); uno de sus redactores se ocupó detenidamente de ellas, y el autor mismo explicó aquí el fin que se proponía con esas composiciones en un prefacio—omitido en la nueva edición de que nos ocupamos,—del cual extractamos el párrafo siguiente:—«No he tenido ni tengo la pretensión de ser un Tirteo, sino solamente un hombre de buena voluntad, que desea el triunfo de la causa del bien amenazada por el crimen. Mis *Republicanas* no tienen otro mérito que el de la oportunidad y si se quiere, el de haber interrumpido el criminal silencio de nuestros mejores vates, enmudecidos é indiferentes al peligro de América!»

Nuestros lectores han podido, pues, juzgar mejor que nosotros del mérito de las *Republicanas*, protesta enérgica y, desgraciadamente, aislada, de un noble corazón afectado por los males que amagan á su patria y á la democracia americana. Considerando bajo este aspecto el nuevo volumen de versos, deber nuestro es ocuparnos de él, porque por lo que atañe á la forma nada hay en él que quite ó aumente las dotes manifestadas anteriormente por el mismo poeta en poesías de género distinto y entonación diversa.

Con el objeto de honrar su publicación y también quizás con el de ponerla al amparo de los ataques de la crítica, escudándola con un hombre merecidamente popular, D. Laurindo Lapuente encabeza su libro con la siguiente carta que le dirigía Francisco Bilbao después de haber leído los primeros cantos que lo forman:

«Al ciudadano Laurindo Lapuente.

«Amigo y correligionario.

«Mucho agradezco á Vd. el envío de sus *Republicanas*.

«Esa es la poesía de América con la conciencia de su derecho, y del momento histórico que representa en la evolución de los siglos.—Esa es pues la poesía viril del nuevo mundo.

«Si mi juicio es algo para V., será ese juicio un abrazo á la inteligencia y corazón de mi amigo el poeta Republicano.

«Suyo

«FRANCISCO BILBAO.»

Si concretamos lo expresado en las *Republicanas* y le aplicamos el dictamen formulado por el elocuente publicista y filósofo chileno, cuya muerte lamentamos aun, tendríamos que deducir que la *imprecación* es el númen que inspira la poesía americana. Si esto fuera así, por grande que sea el

(2) A las armas;—América;—Libertad;—Santo Domingo;—San Martín y Bolívar;—Perú y Méjico.

respeto que nos merece la digna memoria de Francisco Bilbao, no podríamos de ninguna manera, rigurosamente hablando, acatar su parecer; y creemos que no lo acataría tampoco la mayoría de los poetas sudamericanos (3). La *imprecación* no puede constituir la esencia de la poesía, si bien puede ser una de sus manifestaciones necesarias á veces y admiradas cuando el anatemizador se llama Décimo Junio Juvenal, Dante Alighieri, Teodoro Koerner, Victor Hugo....

La idea que Bilbao parecía haberse formado acerca de la misión de las letras americanas, estaba en relación directa con las que profesaba acerca del rol político y religioso que él deparaba á la América latina; nosotros hemos de examinar detenidamente esas ideas ocupándonos en el curso de estas reseñas, del *Evangelio Americano* que ha sido, puede decirse, el testamento dogmático legado por el afamado demócrata á sus compatriotas, los habitantes de la parte meridional del mundo de Colon. Por ahora, limitándonos con declarar que protestamos en nombre del Arte, contra su juicio acerca de la poesía americana, volveremos al libro del Señor Lapuente;—y decimos en nombre del Arte porque no aceptando la idea de Bilbao que limitándole lo empuje, no nos es desconocida la causa que le empujaba á ello y no podemos dejar de avaluar y reconocer la solidez de las consideraciones que le obligaban á trazar á la Musa Americana la senda áspera de la pelea. Lo que preocupaba á Bilbao era sobretudo contrastar por todos los medios posibles, la obra de la reacción monárquica que mina á la República americana; por eso él decía que era necesario *deseñolizar* á la América. Esa palabra—*deseñolizar*—chocó bastante en estos mundos de Dios, do intencional ó inocentemente se afectó no comprender su verdadero significado profundo y patriótico, que no era el de volver la América al estado salvaje anti-colombiano rechazando todo lo importado por la conquista española y la civilización europea, sino de desprenderse totalmente y para siempre de esa larva de creencia religiosa que apoya el fanatismo, y encubre á la hipocrecia y á las preocupaciones blasónicas y quijotescas contra las cuales tentaban en vano hacer brecha los dardos agudos de la sátira la mas caústica, lanzados por los divinos ingenios de Ludovico Ariosto y de Miguel de Cervantes;—á los que juntaba mas tarde los suyos el malogrado Larra.

El Señor Lapuente no le anda en zaga á su maestro en anatemizar á la España; antes bien se lo deja atrás, cuando en su arrebatado esclama:

Esa víctima es ¡SANTO DOMINGO!
Que lleva por desgracia el mismo nombre
Del hijo del infierno (4);—de aquel hombre
Que rigió temerario

(3) Acerca de la poesía americana, de sus aspiraciones y de sus deberes, acaba de hablar con su magnilocuencia acostumbrada el esclarecido Dr. D. Juan M. Gutierrez, en quien la viveza de la imaginación se hermana con un saber variado y profundo, que todos admiran, muchos envidian y muy pocos igualan.

(4) «Domingo de Guzman, fundador de la Inquisición y verdugo de los Albigenses, inventaba el rosario. ¡Oh! la plegaria del que la Naturaleza se avergüenza apellidar con el dictado de hombre y la Iglesia saluda como á Santo. ¿podrá llegar acaso al Dios de misericordia?... F. D. GUERRAZZI, *Silva de Florencia*, cap. VIII.

La inicua INQUISICION, cuyo sistema
La Católica España adoptó siempre
Con un amor tan santo,
Que á do van sus lecciones
¡Va la traicion, el crimen y el espanto!

¡Hay en estos últimos versos, poesia, verdad histórica, dignidad del hombre que sostiene un gran principio moral, respeto hacia la tierra de sus padres, la madre patria cuyo idioma viene á servir de instrumento para denigrarla?—El lector desapasionado podrá contestarnos.

No es así cómo debe predicarse el dogma republicano; no es zahiriendo á los pueblos extranjeros que arribaremos á la fusion de las naciones:—yo no comprendo cómo pueda tenerse valor de condenar á la política de Rosas, cuando se eleva á la altura del dogma democrático la doctrina egoista, mezquina y liberticida del *americanismo*. Y esto no lo digo tan solo para el Sr. Lapuente, sino también para los que ántes que él sostuvieron principios idénticos.

Lo que abona en favor del Señor Lapuente es que, si sus versos políticos no nos dicen nada de nuevo, á lo ménos nos repiten con sincero entusiasmo el estremecimiento de la juventud americana que quiere rechazar con su lanza las tropelias de una diplomacia estraviada, injusta y cínicamente cruel; es que si su Musa se muestra en extremo susceptible por lo que atañe á la patria americana (5), no se prostituye tampoco á ninguno de los partidos que explotan, obrando jesuiticamente en sus nombres, á la divina libertad y á la sagrada república.

¡Repúblicas de América! la Monarquía avanza,
Y avanza por los flancos de la discordia vil;
Unidas seréis fuertes, pero en el aislamiento,
El despotismo os hata y os vencerá por fin!

Iguals son los hombres—un origen
Y un destino, dió á todos el Eterno;
Niveló su ley al fuerte, al débil,
Al esclavo, al señor, al blanco, al negro....
Si alguna diferencia entre los hombres,
Existe, digna del mayor respeto,
Es la VIRTUD edificante y bella,
A la maldad inicua combatiendo.
La IGUALDAD es el lema de los libres,
La dignidad gloriosa de los pueblos,
El alma de la noble democracia
Y el dogma sacrosanto del derecho.

¡Guerra á muerte, argentinos,
Al déspota absoluto,
Que ansia sangre y lágrimas y luto!
Mas la sed de venganza,
No os inspire la alianza

Con el IMPERIO DEL BRASIL.—Las armas
De los libres, no deben confundirse
Con las de los esclavos

De un fiero Emperador.—No puede unirse
El gorro frigio á la imperial corona,
Ni el repúblico al alto caballero

Que de noble blasona:
¡La REPÚBLICA, el sol de este hemisferio,
Es enemiga eterna del IMPERIO.

Pero la voz del poeta gritaba al desierto;
la alianza tenía lugar y no quedóle mas que
exhalar su dolor:

¡Se consumó la ALIANZA!—La República
Se unió por fin al agresor Imperio;

(5) Hasta el punto de decir (*Republicana XIII*):

Aquí en el Nuevo Mundo no impera la justicia,
Iguals son los hombres como los hizo Dios;
No hay siervos ni señores, ni nobles ni plebeyos,
Ni testas coronadas de oprobio y de baldon.

¡Y el poeta que esto afirma, acababa de anatematizar la alianza de las Repúblicas americanas del Plata, con el americano imperio del Brasil!...

Para eterno baldon y vituperio
De la patria argentina y la oriental;
Digna es la obra fatal, de los caudillos
Que gobiernan las márgenes del Plata;
¡Con la alianza, á los pueblos se arrebató
El laurel de la gloria nacional!

¡Ignominia y baldon para los pueblos
Que ciegos de ambición y de venganza,
Obedecen al brazo que los lanza
En el antro oscurísimo del mal;
¡Ignominia y baldon á los gobiernos
Que á la gloria y al oro del presente,
Verden el porvenir, cuyo astro ardiente
La mancha mostrará del criminal.

Pero la alianza es hecha!—Fatalmente
Van los pueblos de América, rodando
De un abismo á otro abismo;—unos luchando
Por vengar de los Reyes la agresion.
Y otros, indiferentes y traidores
A la sagrada causa americana,
Corrompen la moral republicana
Con los Imperios celebrando union!

Por las citas que acaban de leerse, el lector vé que cuando el poeta lo quiere, sabe abandonar la senda malgastada ya de un patriotismo mezquino y de la indignacion convencional y cantar con altura los principios imperecederos de la Democracia. Pero no es siempre posible resistir al impetu del momento, y he ahí el porqué la diatriba y las imprecaciones groseras se sustituyen capciosamente y con sobrada frecuencia á la predicacion calma y convencidora del demócrata concienzudo y al santo entusiasmo del patriota lastimado en su corazon por los males que aquejan á la patria.

Creencia nuestra es que el distinguido Autor hubiera proveido mejor á su fama poética y á los intereses de la Democracia y del Arte, reduciendo el número de sus *Republicanas* y alternándolas con las *Laurindas*: ¡ojalá siga este consejo en la segunda edicion de sus versos! La uniformidad de tono es la que perjudica al buen éxito de las *Republicanas*; por eso oímos lectores criticar piezas de este libro que antes habian aplaudido cuando su primera publicacion en los diarios. Es que entonces la efervescencia era general y el poeta era el intérprete de la opinion de todo un pueblo; hoy que la reflexion apagó ese fuego que parecia iba á incendiarlo todo, la voz del poeta viene á ser casi importuna.... Esta voz es la mensajera implacable del remordimiento.

Es justo también tomar en nota la modestia del autor, quien no abriga mas pretensiones que la de formular una protesta contra la apatia del pueblo americano, y el silencio criminal de sus bardos—yo estaba casi por decir, de sus profetas. Su protesta es vehemente y un eco de ella pasará á la posteridad;—los literatos del Plata que han ridiculizado el libro del apasionado demócrata para que el pueblo no se fijara en él y no leyera allí su propia condenacion y la de los mercaderes que lo corrompen falseando la moral republicana, no obtendrán de seguro en lo venidero, el glorioso apodo de poeta cívico que el historiador imparcial de las letras hispano-americanas agregará al nombre de LAURINDO LAPUENTE.

L. D. Desteffanis.

Melancolia.

HORAS DE CAMPAMENTO.

I.

El tonante clarín saluda con la alegre diana, el sol que amortigua el frío de la madrugada. La sombría niebla que precede á la claridad del día, está iluminada tenuemente por la luz de los chispeantes fogones á cuya orilla, el triste ser que se llama soldado, se entretiene silencioso en avivar la descolorida llama.

II.

El pensamiento se asemeja á la corriente rápida de un río, por su perpétuo discurrimiento. La imaginacion del hombre se asimila al céfiro de una mañana de otoño por su apacible contemplacion á todas las cosas y por su serena y muda admiracion de lo bello y de lo ideal.

Nada se asemeja á la perspectiva de un campamento en que desde el toque de Diana las bandas de música, clarines y tambores regalan el oído del soldado, ora con piezas tristes y lastimosas, ora con marchas alegres y entusiastas que hacen palpar con rapidez el corazon.

Algunas veces, como una nubecilla que mancha la claridad del cielo, un pensamiento negro como la muerte asalta mi mente; al ver la alegría del soldado cuando lo contemplo, ora formado con la sonrisa en los labios, ora vagando de carpa en carpa estrechando la mano del amigo.

Entonces esclamo:

¡Infeliz ser humano! hé aquí vuestra condicion: marchar con el fusil al hombro, cargado con una mochila, en busca del hombre para darle muerte ó recibirla de él.— ¡Vuestro destino es muy cruel y digno de compasion!

Abandonais el hogar tranquilo, el goce de vuestra vida, el cariño de vuestros hijos, para armaros en defensa de la patria, sin la cual ni hogar, ni amistad, ni familia existiria, alentándoos la esperanza de volver despues á disfrutar, reposando sobre los laureles que habeis conquistado á costa de vuestra sangre, del cariño de vuestros hijos, del goce de vuestra vida, de la tranquilidad de vuestro hogar.....

Pero ¡ay! cuántos verán satisfecha su esperanza, y cuántos..... cuántos infelices habrán dejado de existir con ella, gloriosamente en el campo de batalla.....

III.

Hay en el alma de la humanidad, un reflejo sublime que ilumina la inteligencia del hombre con los colores vividos del saber y la virtud.

La moral es el fondo donde se reflejan los rayos de esa luz que parece divina, y que se llama talento.

El hombre anheloso, rodeado de una aureola de moral, es la encarnacion del bien.

Por eso el corazon del hombre tiene el don de la caridad.

¿A quién no duele, ver padecer rudamente y sin consuelo á la humanidad?

¿Quién no abriga una lágrima de dolor al

ver las desdichas del mundo, al sentir el negro matiz de su insondable arcano?

Tristemente yo contemplo sus luctuosos vaivenes que balancean este inmenso océano que se llama mundo!....

Vago lamento del dolor humano, histérica risa del sarcasmo cruel por do quiera se consultan en el seno de esa océano insondable de cuyo seno brotan las negras pasiones, lo terrible y lo misterioso.—¿Quién puede escuchar sereno sin sentir un átomo siquiera de caridad, de compasión, el gemido humano que con moribundo anhelo pretende hacerse escuchar y se pierde en el abismo de ese mar confundido con la risa estertórea del mundanal contento?....

¿No lanzáis vuestra mirada severa, indagadora, sobre el espacio buscando un bien que calme los sinsabores del alma y solo encontráis por do quier, el negro torbellino de las pasiones oscureciendo el bien, confundidos el caos y la maldad?.....

IV.

El hombre sufre, padece y calla.

El mundo con su risa eterna le desangra el corazón.

Su alma mística se esfuerza luchando por el bien.

Su instinto lo arrastra al mal....Pobre ser, que vaga entre el bien y el mal sin encontrar la senda que guía a la virtud.

V.

¿Cuál es el amargo veneno que narcotiza el alma? el escepticismo cruel!....

El desengaño atroz de una vida de ilusiones que se desvanecen como el aroma de las flores influenciadas por la acción del agua.

Es la niebla que se disipa. Es el aire estancado.

Es la atmósfera despejada.

Es el sol, es el día, la luna, noche oscura.....

¡Oh, ilusiones de mi alma! ¿dónde habéis ido, que no os palpan mis sentidos?

¿Por qué dejáis luctuosa y sollozante mi alma antes tan rica de emociones sublimes, de sublime contemplación?

Yo danzo solitario y triste en derredor de ese fanal inmenso que el mundo llama sociedad, como el pajarillo que vaga errante entre los arreboles del viento, buscando donde beber el bien en la fuente de la sabiduría, de la fraternidad y la razón....

Pero do quiera vuelvo mis lánguidas miradas, veo escrito en negros caracteres—¡PERDICION, CRUELDAD, VANIDAD, ORGULLO!

¡Oh, sarcasmo cruel de la existencia humana!

¡Oh, nécia vanidad del regocijo mundanal!

¿Quién dijera que solo miseria, flaqueza y tedio habían de preceder á vuestros actos inhumanos, misera humanidad, cuando hay tantas lágrimas que enjugar y tantas llagas que cicatrizar?....

VI.

El hombre se abandona continuamente á los impulsos terribles de su corazón.

Comunmente el hombre está dispuesto al mal, y todo aquello en que su corazón sien-

te alegría no es mas que un mudo presagio de peores acciones.

La miseria humana está abrigada en el corazón del hombre con raíces profundas que ni la acción destructora de los años es capaz de producirle beneficio.—El embolismo de las pasiones lo arrastra incesantemente al abismo. La máscara de la hipocresía se revela contra sus intenciones diabólicas, y lo subyugan y lo dominan, y hacen del hombre un ente sin conciencia ni honradez.

Desgraciada humanidad: lamentad conmigo, la crueldad del destino áciago á que estamos sujetos en este mundo engañoso; y procurad reconcentrar en vuestro pecho el amargo escepticismo de las vanidades de la vida.

Severo Ortiz (hijo).

El amor de unas flores.

¿Que estoy triste, me dices? No lo creas;

Es una necedad el estar triste.

Mas, si saber deseas

Porqué mi frente joven se reviste

Con expresión de cruel melancolía,

Es que á veces yo abrigo unas ideas....;

Pero no me hagas caso;

Voy á contarte un cuento

Y te ruego me sigas paso á paso

Si quieres comprender mi sentimiento.

Es la historia sencilla de unas flores:

La historia nada mas de sus amores.

Algo de original verás en ella;

Lee, amiga, con cuidado,

Si la historia, como otras, no es muy bella,

A mi por muy veráz me la han contado.

Había en un jardín una azucena,

Bellísima y galana;

Era la mas hermosa y la mas pura

Que alumbraba la luz de la mañana,

Las brisas la besaban con ternura

Y envidiaban las flores,

De sus hojas, la pálida blancura.

Pintados picaflores,

Avejas y brillantes mariposas

En torno de ella con amor volaban

Enamoradas de sus bellas galas

Y al pasar, amorosas, la rozaban

Apenas con la punta de sus alas.

Todo en ella era gracia y gallardía;

Con voluptuosa languidez, su tallo

Al aura se mecía

Y el aura cariñosa le decía,

Al pasar jugueteando entre sus hojas,

Que las flores la amaban,

Y con ella en sus pliegues le mandaban

La tímida expresión de sus congojas.

Si el rocío las flores adornaba

Con su perla magnífica y serena,

Parecía mas puro el que ostentaba

En su frente la pálida azucena.

La amaban, pues, las aves y las flores,

Y la blanca azucena recibía

Graciosamente el don de sus amores;

Ella amor no sentía,

Pero á todas amante sonreía,

Por ella, al verlas conmovirse inquietas.

¡También entre las flores hay coquetas!

Un junco que crecía solitario,

Tristísimo y doliente,

Ostentando la huella de una pena

En su pálida frente,

Adoraba también una azucena;

La adoraba en silencio y con delirio

Y la frente inclinaba

Por ocultar su amor y su martirio.

Con ojos de pasión la contemplaba

Embebido en su encanto,

Y si por ella de dolor lloraba

Entre sus hojas ocultaba el llanto

Y á su amada ocultaba con la brisa

Un amargo suspiro

Envuelto en el disfraz de una sonrisa.

Un aleli y un nardo que querían
También á la azucena pundorosa,
Se acercaban á ella y la decían
Su pasión ardorosa,
Y un beso la pedían;
Pero al irsele á dar ella cerraba,
Sus hojas blandamente....
Que si de amor el beso es una prueba,
Es prueba harto imprudente.
Y las flores entonces resentidas,
Y llenas de tristeza
Volvían á otro lado la cabeza.
Sus esperanzas, al mirar perdidas,
Y entonces la azucena
Con una sin igual coquetería,
Fingiéndose una gran pena
De nuevo con amor las atraía,
Y ellas también tornaban
A hablarle con ardor de sus amores.

.....
Solo el junco callaba,
Porque el único era él entre esas flores
Que de veras la amaba.

La azucena coqueta,
El secreto del junco comprendía
Y comprendía su aflicción secreta.
Por eso á veces tierna
Y á veces cariñosa lo miraba,
Y al mirarlo, muy triste se fingía
Y un misterio de amor le confesaba
En su mirada lánguida y amante.
¿Háse visto una flor mas inconstante?

Y siguió la azucena coqueteando
Y el junco de amor loco,
De su amoroso engaño despertando
Fue dejando de amarla poco á poco;
Pues conoció con la alma desgarrada
Que ella capaz de comprenderlo no era,
Ni era digna esa flor de ser amada
Con pasión tan sincera.
El junco lloró tanto
Que se agotó la fuente de su llanto....
Lo que en su seno entró no fue el olvido,
Que nunca olvidó quien de veras ama;
Pero, en su corazón adolorido,
Fue tal la fuerza de su ardiente llama
Y fue tal su tormento,
Que el sentimiento le gastó la pena,
Porque también se gasta el sentimiento.
Y viviendo una vida mas serena
No amó mas á la pálida azucena.

Tuvo el junco deseo
De ver de qué materia conocida
Sería el corazón de su querida;
Y quiso comprender por qué motivo
Sin que tuviera amor estaba vivo.
Se acercó, pues, á ella,
Penetró por las hojas su mirada,
Miró el cáliz ameno
Y en lo interior de su oloroso seno
Le buscó el corazón....; y no halló nada!

Regla sin escepcion:
Las coquetas no tienen corazón.
Y bien sean mujeres, sean flores,
Nunca serán felices en amores.

Luis Rodríguez Velasco.

Sueños y realidad.

DOLORA.

—Niño gentil, que divagas
Con apenada indolencia
Cual si fuera la existencia
Un manantial de dolor,
¿Qué buscas á tu consuelo?
¿No te encanta la belleza
Que ostenta naturaleza....?
—Sí, mas no encuentro una flor!
—¿No bastan á tus deseos
Esas florestas hermosas
De siemprevivas y rosas,
Y otras mil flores que ves?
—No os hablo yo de esas flores
Que el aire troncha en sus jiros,
Y cual débiles suspiros
Las miró desaparecer.
La flor que mi pecho anhela,
Es flor de eternos colores,
Es la flor de los amores,
Cuyo aroma es eterno!

—¡Pobre niño! ¿que tú ignoras
Que esa flor que te imaginas,
Está erizada de espinas
Que tu alma desgarrarán?
—¡Ay! ¿entonces es mentira
La ilusión que, en sueño ardiente,
Llegó á concebir mi mente
Creando un cielo de amor?
—Mientras se mira entre sueños,
Es amor, luz de la vida;
¡Mas una ilusión perdida,
Despedaza el corazón!

Péllx A. Mala'o.

Poesia.

De un arroyuelo humilde y transparente
La corriente,
Como el llanto sin fin del desterrado,
Cruza la faz de la llanura mustia.
De la angustia
La yerta palidez lleva en sus olas,
Y semejante al gaucho enamorado
Que á sus solas
Dá maldición y quejas al camino
Que de la casa y del ombú le aleja,
Donde deja
Dos ojos negros de mirar divino,
Forzado se desliza el arroyuelo,
Por el suelo,
Que le alfombran arenas y zarzales—
Como el pecho infeliz de los mortales,
Los dolores
Tambien de amor, á la corriente pura
Descienden á turbarla sus candores
Y frescura:
Aquel hilo de perlas y de plata,
Ama una flor, estrella de la mata
Que la abriga,
Lánguida, azul, modesta, perfumada,
Flor generosa que la miel prodiga.
Su belleza
Ella sabe que es grande, pues se mira,
Doblando al agua su gentil cabeza,
Y suspira.
«Yo quisiera, la dice el arroyuelo
Poder pararme á contemplar la gracia
De su cielo.
Y probarte mi amor con mi constancia:
Esclavo estaré bajo tu pié rendido.
Yo quisiera
Una noche, una noche solamente
Quedar en paz y junto á ti dormido.
¡Quién pudiera!»
«Triste de mí, clama la flor, al menos
Tú disfrutas del ámbar de los senos
De mil flores,
En tu vida fugáz, y mil sabores
Las rosas y diamelas, mis rivales
Maldecidas,
Te ofrecen en deseos encendidas....
Arroyo, adios, eternos son mis males.»

Siguió el arroyo su fatal pendiente;
Huérfana del amor murió la planta;
Pero al doblar la frente,
De su cáliz subió fragante y santa
Una porción de esencia:
Y el agua del arroyo en transparencia
Aumentando y claror, mandó hácia el cielo
Lijera niebla leve y vaporosa,
Como si fuera el velo
Cándido de las nupcias de una esposa.

Juan María Gutierrez.

Brisas.

Venid, venid, ¡oh, brisas fugitivas!
Con vuestras alas á rozar mi sien;
Venid trayendo al pensamiento mio,
Recuerdos ¡ay! de su perdido Eden.

Siento al pasar que refrescáis mi frente,
Seca y marchita por interno ardor;
Y que esas auras que en mi torno giran,
Fueron las auras del primer amor.

¡Venis, oh brisas, de la patria mia,
Tristes huyendo á su dolor tal vez?
¿Temeis acaso que el destino ingrato
Cual su fortuna, humille su altivez?

Decid á mi alma una palabra tierna
Que rememore su ilusión de ayer,
Que un eco dulce de la patria amada
Puede tan solo reanimar mi ser.

¿La tumba visteis do tranquila duerme
De mi existencia la aromada flor,
Y me traereis una reliquia santa
De mi primero inextinguible amor?

¿O de mi madre en los sagrados lábios,
Habeis robado un beso maternal;
Que me compense de su triste ausencia
A que el destino, me obligó, fatal?

Brisas errantes de la patria mia,
No disipeis mi célica ilusión;
Habladme de ella en vuestro mudo acento
Que traduce tan bien el corazón.

Mas no, cesad de revolar inquietas,
Rozando alegres mi abrasada sien;
Quiero olvidar! que los recuerdos matan,
Estándo ausentes del supremo bien.

Fermin Ferreira y Artigas.

Buenos Aires, Marzo 16 de 1859.

A J. C. G.

La urna de las aguas de tu vida
Inclina Dios y corren
Por piedras extranjeras y maleza.
Ni una flor bendecida
Encuentras que llevar á tu cabeza,
Ni un perfume á tu seno.
Esas que en tu camino
Alzan liviana voz jugando al viento,
Quiébreles tu baston de peregrino,
Porque dentro sus hojas hay veneno,
Marcha, marcha, mi amigo,
No pares la corriente á enamorarte
De flores de la tierra—yo contigo
Iré á cortar guirnalda que dá el arte
Y en la sien de la patria las pondremos.
Gracia, matiz, perfume y armonia,
Solo encierra la flor de poesia:
Harto amor y entusiasmo que arrebató
Hay en las playas de la mar de Plata.

Juan María Gutierrez.

La Semana.

Señora lectora, es Vd. insoportable.
Si leyera Vd. *La Tribuna*, *El Siglo* ó *El Pueblo*, podríamos llevar con paciencia sus caprichos.

Tales diarios solo son leídos por viejas que toman tabaco, acarician á un perro dogo, gastan anteojos, se adornan la cabeza con una papalina de tres moñitos, van á las puertas de las iglesias antes de que se abran para tener tiempo de murmurar de sus respectivas vecinas, se duermen durante el sermón, y cuando se vá á cerrar se levantan hostezando, refregándose los ojos y diciendo: — «¡Piquito de oro, piquito de oro!»

A señoras tan respetables como estas, puede siempre decírselas cuando piden alguna cosa: — «Vd. perdone; me es imposible.»

Pero una lectora de la *Revista Literaria* es siempre una mujer encantadora, una morena de aquellas de quienes dice Julio Janín, que son espíritu de vino cortado con éter, un montoncito de gloria con sal molida.

Vd. dispense, ¿es Vd. blanca?

Pues no se enoje Vd. por eso; todo lo que hemos dicho en alabanza de las morenas, lo decimos en alabanza de las blancas, como que pasamos las siestas cantando:

Morenita de ojos,
Blanca de cara,

Esa es la morenita
Que yo buscaba.

Por el color no hemos de reñir; bástanos saber, y esto lo sabemos, que es Vd. una mujer adorable y que nosotros la adoramos, y que para Vd. no se ha escrito la palabra *imposible*, y que no tenemos mas remedio que acatar su voluntad.

Ahora bien: cuando á Vd. se le pone en la cabeza una cosa tan absurda como la que hoy nos ordena, nosotros que no la podemos decir *nó*, ¿no tenemos razon para decir que es Vd. insoportable?

A Vd. se le antoja que escribamos una *Semana*.

Para escribir una *Semana*, lo primero que se necesita es salir, entrar, cruzar la ciudad de un extremo á otro á todas las horas del día y de la noche, correr á cada sitio en que ocurra algo ó pueda ocurrir, preguntar á unos, escuchar á otros.

Y ¿quién se atreve á andar por esas calles, en este tiempo en que el sol enfurecido y armado de sus rayos, dá el ¡quién vive! á todo imprudente que asoma la punta de la nariz fuera de su casa, y hace fuego sobre todo desventurado que, á la primera intimación, no se vuelve á meter apresuradamente en su agujero?

*
*

Hay semanas tan estériles, que solamente pueden compararse al finado *Correo*, porque en ese diario no se registraba nada que fuera digno de despertar el mas remoto interés; semanas, que vienen á ser como un paréntesis en la vida de las poblaciones; semanas tan vacías como la cabeza de Solano Lopez considerado como gobernante y militar; semanas, en fin, que son el tormento y la desesperación de los desgraciados *Semaneros*.

A este número pertenece la que acaba de transcurrir.

Durante su reinado, no han hecho las gentes mas que preguntarse unas á otras:

—¿Qué hay de nuevo?

Y solo se ha escuchado esta desconsoladora respuesta:

—¡Nada!

Únicamente los carteles de los teatros, se han atrevido á hablarnos de novedades; pero ¿qué novedades!

Mis bellas lectoras,
Vosotras que siempre
Lleváis en el alma
Las grandes ideas;
Vosotras que puras
Y nobles y tiernas
Llorais como vuestras
Las penas ajenas:
Que veis en las flores
Que dá la pradera,
Y veis en las aves,
Que entonan sus quejas
Y baten sus nidos
En la selva espesa:
Y veis en los miles
De puras estrellas
Que el cielo iluminan
Con luz placentera,
El ¡ay! delirante
De un mundo que pena,
Ese ¡ay! misterioso
Que solo penetran
Las almas que amando
La vida atraviesan;
Vosotras que siempre

Sencillas y tiernas
Perdonais sus faltas
A todo el que yerra:
Sed conmigo suaves,
Sed conmigo buenas,
Y al leer mi *Semana*
No digais: ¡Qué necia!
Decid como Cristo:
Bendecidos sean
Los pobres de espíritu
Que en el cielo reinan!
Y basta de prosapia
Pidiendo indulgencia.
Con perdon de ustedes!
La comedia empieza.

Estéril, infecunda, improductiva,
Sin mérito, sin precio, sin valor,
Como el grito del nauta en el espacio,
Como el ¡ay! de dolor del corazón;

Es la semana que murió el domingo
Y que (lo siento) no veremos mas.
Una semana estéril, es lo mismo
Que muger de veinte años sin amor.

La mujer que no siente, es un sarcasmo,
Es un cascote inútil, un carbon,
Es algo que no sirve para nada,
Lo mismo que no sirve el corazón.

La vida es sentimiento, el que no siente
Ni es perfume, ni es cántico, ni es flor,
Cada alma que padece es una nota
Del magnífico *hossana* del dolor!

Es con gotas de agua que se forman
Las oleadas gigantes de la mar,
Y es con gotas de llanto y de amargura
Que se forman la vida mundanal.

Al agua! al mar! Viajero infatigable
Del océano sin fin del sinsabor;
Te ahogas? nada, que nadando siempre
Llegarás a las playas del dolor!

Es risueño ese prisma, esa esperanza!
Es magnífico, es bello el porvenir!
Sufrir primero un padecer inmenso
Y despues, y despues, siempre sufrir!

Pero, niñas, me alejo de mi asunto
Y en lugar de una crónica social,
Solo hago malos versos, como harian
Fajardo, Antonio Díaz o Errecart.

¿Qué me dicen ustedes de ese verso?
Juntar tres nombres y concluir así!
Es estar a la altura en que se encuentran
Shakespeare, el Dante, o Lamartin.

Fuerza del consonante a lo que obligas:
A decir que son blancas las hormigas,
Y a comparar a Lamartin con Dante,
Cuando uno es un insecto, otro un gigante!

Pero en fin, la semana no trae nada
Que yo pudiera mencionar aquí,
Apenas si las tiernas golondrinas,
Mensageras de una época feliz,

Nos dicen que llegamos al verano,
La estación de la fruta y del amor,
En que da rico fruto el durasnero
Y rico sentimiento el corazón.

Todos algo tenemos
En este mundo:
Los tontos, esperanzas,
Los necios, humos;
Que es esta vida
Un bazar de tonterías
Que causa risa.

La vieja que se pinta,
Que se engalana;
Las niñas que se sientan
En la ventana,

Y con un libro abierto
Hacen creer al que pasa,
Que están leyendo

Los mozos que usan lente
Porque es bonito,
Y que dicen a todo
Eso es magnífico!!!
Los que hablan serios
En las visitas
Y en los paseos.

Los que cansan al público
Con malos versos,
Cosa que abunda mucho
En estos tiempos;
Y los que cantan,
Mal digo, los que gritan
Como una hurraca;

Y las niñas que la echan
Deliteratas,
Cuando apenas han leído
Cuatro palabras,
Y en fin las feas
Que tienen mil remilgues,
Y son coquetas;

No son pruebas seguras
Que el mundo es necio?
¿Y que ni con candil
Se halla algo bueno?
Entonces, es justo
Que algo tengamos todos
En este mundo!

Y esto me da una prueba,
Clara, magnífica,
De que no es raro que haya
Mes de Maria
Y segun creo
Empezó el siete, Martes,
O el ocho, Miércoles!

¿Qué botas vá a ponerse
Nuestro Jacinto!
¿Qué magníficas cosas
No vá a decirnos!
En un mes de rezos
Vá a tener mas palabras
Que yo bostezos.

De todos modos, niñas,
Id a la iglesia
Porque nunca van ellos
Si no van ellas.
Una mirada
Atrae mas a los mozos
Que una plegaria.

Pero salgo del templo,
Me voy al teatro:
La farsa allí no viste
Tanto aparato,
Y mas que nada
Ni usa mentidos nombres
Ni agenas galas!

Junto a una concurrencia
Brillante y numerosa,
Estaba mal la araña
Y el baritono peor (1).
Así tambien a veces
En el jardín florido
Se eleva entre las rosas,
El cardo, el girasol.

Los palcos y las nubes
Brillaban esplendentes
Como en la hermosa tarde
El rutilante sol.
Oleadas de belleza!
Torrente de hermosura!
Parece que allí fuera
El templo del amor.

(1) Es necesario que pronuncieis baritono. Es una alteracion que hacemos. Los poetas somos los reformadores del lenguaje: ved a Dante; ved a Shakespeare; ved a Errecart.

Alli como una estrella,
Como un lucero hermoso,
Como la blanca luna,
O como el astro rey,
Magnífica, radiante,
Sublime, encantadora,
Mostrábase orgullosa
La espléndida mujer.

Alli tambien, divina,
Se hallaba esa viajera
Que las riveras pátrias
No ha mucho que pisó.
Bellísima sirena
A todo indiferente,
Como a las duras penas
De los mortales, Dios!

En medio de las nubes
Como una flor del aire,
El *vástago* de un mártir
Mostraba su beldad (2),
Acaso parecia
Un ángel, asomado
A la ventana-cielo
Que sobre el mundo dá.

Mil otras como aquellas
Miraban su belleza
En el inmenso espejo
Que guarda el corazón.
Quisiera ser poeta
Para entonar un canto
Pero ¡ah! yo solo tengo
Los gritos del dolor!

¿Qué diablo! a *Cuasimodo*
Le gusta ser romántico,
Quejarse de sus penas!
Quejarse del amor!
Ponerse una levita
Y hablar de sus pesares!
Para alagar al mundo
Es una obligacion!

Salimos del teatro!
No os cuento la salida
Que trae a mi memoria
Recordacion fatal.
Que en esa noche, el duro
Butil de los dolores,
Grabó en mi alma triste
Un desengaño mas!

La crónica ha concluido!
Mi bella lectora, adios!
¿Le parece que está fea?
Pues, hágala Vd. mejor!
Y así, así de ese modo,
Le dará una lección a

Cuasimodo.

NOTA—Debo advertir a mis lectoras para evitar las desgracias que puedan producir los sustos, que *Cuasimodo*, ha cambiado de decoracion. Hoy puede él decir con entera razon: No tengo pelo de zongo, y es cierto, puesto que no tiene pelo, ni de barba, ni de cabello. Su responsabilidad está salvada; si Vds. se asustan, no será culpa de él.

Están prevenidas.

Cuasimodo.

(2) *Hija de un mártir*, no cabe
En este metro tan largo,
Y para que haya armonia
He puesto en vez de eso, *vástago*.
Si les parece muy mal,
No tienen mas que borrarlo.

Sumario.

Conferencia, por Manuel Derqui—*Cartas de Roma*, por H. Taine (continuacion)—*Del estío*, por Vicente F. Lopez (continuacion)—*Historia natural y sobrenatural*, por B. M. (continuacion)—*Claudina*, por J. O. B. (continuacion)—*Cartas porteñas*, por Violeta—*De la censura de teatros*, por José Pedro Varela—*Los Jesuitas*, por N. N.—*Al firmamento—Reseña bibliográfica*, por L. D. Desteffanis (continuacion)—*Melancolia*, por Severo Ortiz (hijo)—*El amor de unas flores*, poesia por Luis Rodriguez Velazco—*Sueños y realidad*, poesia por Felix A. Malato—*Poesia*, poesia por Juan Maria Gutierrez—*Brisas*, poesia por Fermin Ferreira y Artigas—*A J. C. G.*, poesia por Juan Maria Gutierrez—*La Semana*, por Cuasimodo.